

JUAN M. COTTA

Ejemplos

LECTURAS

MORALES

J. Cotta

LL
1916
COT

CABAUT Y CIA

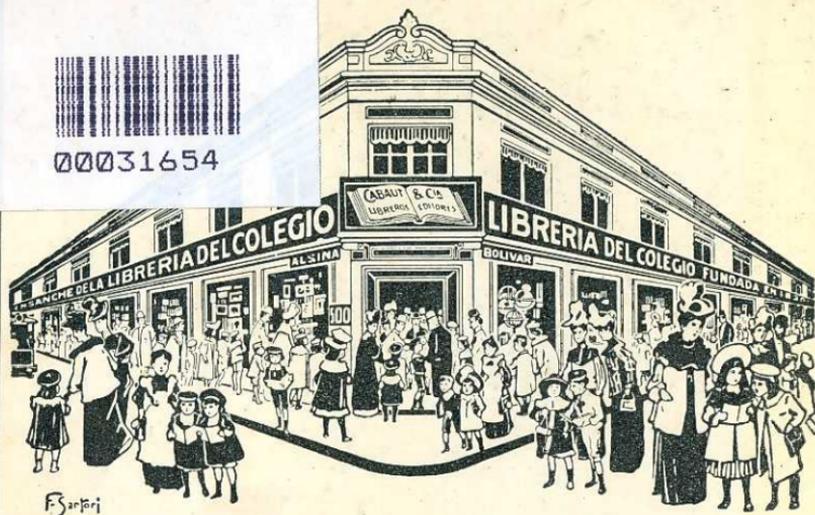
EDITORES

Biblioteca Nacional de Maestros

CABAUT & C^{IA} — LIBREROS EDITORES



00031654



LECTURA LIBRE

POR

TEÓFILO GODOY Y LISTA

TROZOS SELECTOS

EN PROSA Y VERSO, DE DISTINGUIDOS AUTORES AMERICANOS

UN TOMO ENCARTONADO, ILUSTRADO

El autor ha sabido demostrar con gran tino hasta qué punto es rica y fecunda la bibliografía puramente americana. *Lectura Libre* es una importante adición en forma de antología americana, en la que predominan las producciones literarias argentinas, a la lista de obras nacionales de texto.

La nueva edición ha sido ampliada con modernas composiciones y grabados reproduciendo paisajes argentinos y obras maestras de la pintura.

“Librería del Colegio” * Alsina y Bolívar * Buenos Aires

EJEMPLOS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EJEMPLOS

*Duplicado
del N° 19141*

LECTURAS MORALES PARA FORMAR EL CARÁCTER
DE LOS NIÑOS

POR

JUAN MANUEL COTTA

DIRECTOR DE LA ESCUELA NACIONAL NÚM. 92 Y PROFESOR DEL C. N.
DE DOLORES (BUENOS AIRES)



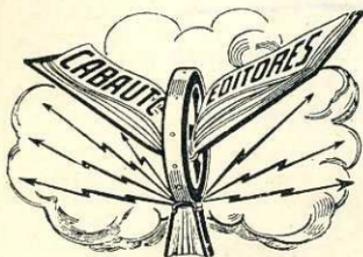
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

CABAUT & C^{IA}, EDITORES

"LIBRERÍA DEL COLEGIO" — ALSINA Y BOLÍVAR

1916



Hecho el depósito que marca la ley N.º 9510.

Sea esta obrita mi sincero
aunque modesto homenaje a
nuestra Patria, en el cente-
nario de su independencia.

J. M. C.

PRÓLOGO

Este librito es para mis sobrinos y para todos los niños buenos.

Que lo lean sin prejuicio, además, quienes sepan de virtud, amor, verdad, justicia...

Son escasas las personas que escriben para los niños. Los padres, por otra parte, no se interesan de esto. Si el niño es aficionado a hojear, leerá lo que encuentra más a mano. Así, cuántas veces los tiernos lectores erran o se empapan de cuestiones impropias a su edad.

Los padres y maestros deben procurar que los niños lean. Pero, antes les proporcionarán lo que convenga. Propenderán a que aprendan moral deleitándose y ciencia sin fatigarse. Sólo cuando el cerebro se haya disciplinado y el carácter vaya moldeándose en el criterio del joven, podrá dejárseles que escojan a su arbitrio. Es seguro que entonces, debido a la buena base, buscarán lo más científico o lo más artístico.

Deseoso de aportar algo en el sentido de ser útil a la falange vigorosa que viene después de nosotros, he bosquejado la serie de anécdotas, poesías y composiciones sintéticas que van en este volumen. Hay pensamientos y conclusiones que, bien desarrollados, pueden dar motivo a extensas clases de moral. Por eso opino que los padres y maestros deberán ayudar a los niños en las interpretaciones, citando, además, hechos análogos que se hayan visto u oído.

En esta modesta obrita no se clasifican ni determinan reglas que jamás se recuerdan. Se va a lo concreto y se reflexiona con lógica sencilla sobre lo bueno y lo malo; sobre lo que conviene y lo que no conviene. Sin embargo, se refieren casos de higiene, urbanidad, moral social, política, etc.

Es en la vida diaria donde debe practicarse la moral. En la calle, en el recreo, en el hogar, en el templo, donde quiera, se encuentran ejemplos que imitar o que censurar.

Esto indica que el maestro debe ser gran observador y oportuno moralista. Tras lo ocurrido irá siempre la prédica: el castigo y el estímulo. Yo creo que en los programas no debe determinarse hora para enseñar moral...

Me sentiré muy satisfecho si este opúsculo es recibido con bondad por aquellos que saben considerar los méritos de las obras sencillas, sinceras y bien intencionadas. Luego proseguiré con nuevos bríos o estimularé a los más capaces para que den algo de su fecundidad en bien de los niños que son vida, esperanza... todo!

J. M. C.

Dolores, 1916.

Advertencias a los maestros

1.º Cada párrafo de ANOTACIONES DE UN ALUMNO servirá para una clase amplia de moral que el maestro sabrá desarrollar haciendo un buen plan y citando otros ejemplos. La interpretación precisa dará material suficiente para una clase de media hora.

2.º Las anécdotas comprenden las tres partes esenciales de una clase: *principio*, *medio* y *fin*. La narración del hecho (medio) es concisa para evitar el palabreo inútil que no hace otra cosa que confundir. Decir mucho en pocas palabras es difícil pero muy eficaz.

3.º No se citan más que casos ciertos y posibles. La fábula no conviene a los niños muy pequeños, porque les predispone para la superstición. Ejemplifíquese con hechos reales.

4.º Las *Paginitas* tocan los temas esenciales sobre los que debe insistirse con tesón. Léanse muy detenidamente.

5.º En «Vibraciones» se hace poesía. Que los niños eduquen también su corazón en las emociones sinceras del arte. Proscríbanse los versos que no llenan los requisitos del buen gusto.

6.º Ilústrense todas las clases y sirvan de modelo los grabados de estas páginas.

7.º Este libro podrá ser guía o aliciente. Los maestros, los padres y los niños, pondrán lo que falte, observando los hechos de la vida diaria.

8.º No se olvide jamás que al educar el corazón y el cerebro de un niño se hace obra patriótica y humanitaria.

EL AUTOR.

ÍNDICE

ÍNDICE

	Pág.
Anotaciones de un alumno	3

ANECDOTAS

La modestia de un sabio	23
La respuesta de un niño sensato	25
Caridad	27
Respeto a la autoridad	29
Constancia	31
Amor al estudio	33
Modestia	35
Honradez	37
Cumplimiento y respeto	39
Valor	41
Patriotismo	43
Urbanidad	45
Puntualidad	47
Todas las cosas a su tiempo	49
El castigo más duro	51
Las impertinencias de un envidioso	53
Piedad con los animales	55
Los dos extremos	57
Los fantasmas del progreso	59
También los criados son humanos	61
Potencias diferentes	63
La piedra movediza	65

REFLEXIONES

Reflexiones	71
-------------------	----

PAGINITAS

El poeta Almafuerce	75
Amemos la tierra	77

XIV Índice

	Pág.
Las mieses	79
El arroyo	81
La guerra	83
La madre de Salvador	85
El cuzco y la garza	87
Un fumador precoz	89
El alcoholismo	91
La distinción	92
Lo cortés	94
Una niña hacendosa	96
La lectura en el hogar	98
El maestro /	100
La escuela /	101
El hogar	102
Fantasia	104
El nido de las tórtolas	100

VIBRACIONES

Nuestro himno	111
A un joven	114
El libro	116
Las heroínas	118
Estudiar	119
Observando un gorrión	121
A un amigo	122
El jugador	124
Verdad	126
El labrador	127
Himno al centenario	129
El guerrero y el labrador	131
Las flores	133
Las aves	134
Ese viejecito	136
El río y las siembras	138
Mi Pampa	140
PENSAMIENTOS	143

ANOTACIONES DE UN ALUMNO



Anotaciones de un alumno.

I.

Treinta y cinco niños llenábamos el salón de tercer grado el día 1.º de Marzo. Había en el rostro de cada uno esa expresión de alegría que da el triunfo. Todos charlábamos algo, en voz baja, o mirábamos los diversos cuadros de zoología, eligiendo las aves más bonitas. El maestro arreglaba los registros y a veces nos imponía silencio con alguna frase o indicación.

Era un hombre de veinticinco años, de buena estatura y rara gallardía. Su rostro blanco estaba adornado por unos bigotes renegridos. Sobre su frente despejada solía caer algún mechón de su cabellera sedosa. Tenía una mirada penetrante que infundía miedo. Pero cuando hablaba en tono afable y persuasivo mientras accionaba con sus ma-

nos nerviosas, se hacía sumamente simpático. Era un amigo de todos. Opinaba que así debían ser los hombres.

Vestía elegante traje negro y llevaba corbata del mismo color. La pechera y el cuello eran blancos como la nieve. Gustaba mucho de las flores y de los versos. Decían que era poeta. Tenía un alma buena. Era franco, manso para enseñar y enérgico para reprender, sin que jamás usara un término incorrecto.

Terminadas las anotaciones, se puso de pie y avanzó dos pasos. Está demás decir que guardamos silencio profundo. Cuando vió que estábamos bien sentados, dijo: Así me gusta.

Con esta clase, — agregó, — vamos a iniciar nuestras lecciones de moral. Es ésta una materia difícil de comprender si la definimos, pero fácil de realizar si obramos siempre con el pensamiento despejado y el corazón sin odios.

La tendencia hacia el bien, sin que para eso tengamos que hacer mal, nos llevará al fin de nuestro objeto.

Nosotros iremos esparciendo semillas buenas, y de cada hecho de la vida, por insignificante que sea, sacaremos algo útil.

No les contaré historias falsas ni fantásticas, sino cosas ciertas que pasan a diario. Y me preocuparé mucho de esto, porque la mentira es el peor enemigo de nuestra ciencia del corazón.

No gastaré muchas palabras. Seré breve, pero en cada narración habrá mucho que luego desmenuzaremos para enterarnos, aprendiendo a discutir y a pensar bien. No hablaremos de trabajo ni de honor sin demostrarlos con hechos propios o

con ejemplos reales que hayamos observado. Sí, abundarán los ejemplos, porque ninguna otra lección es más corta y eficaz.

II.

Nosotros, — continuó, — como ya dijimos, no vamos a definir ni a denominar los sucesos a fin de no confundirnos.

Abriendo el alma e iluminando el cerebro, vamos a encaminarnos al bien. Distinguiremos lo bueno de lo malo discuriendo con juicio.

Sabemos que el alcohol perjudica y que el agua es saludable. ¿Cómo lo sabemos? Muy fácilmente: observando al desvergonzado alcoholista que muere y al hombre metódico que vive feliz.

Como la moral no se reduce al honor ni a la caridad, a cada instante y en cada acto de la vida vamos a verla.

Tendremos presente, a fin de no errar, que la cuestión del bien no la debemos entender sólo para nosotros, porque sería un egoísmo, sino también para nuestros semejantes y para la sociedad que nos alberga haciéndonos formar parte integrante de ella.

III.

Un niño que habla interrumpiendo al maestro, — dijo aludiendo a mi vecinito incorrecto, — falta al respeto. Quien pasa con el sombrero puesto delante de las personas a las cuales debe atencio-

nes, es un descortés; y quien profiere palabras feas, silba, arroja piedras, fuma, miente o desobedece, es un mal educado.

No me gustan los niños que se precian de inteligentes, ni los que son haraganes o faltadores. Los que no trabajan en la primera edad, marchan hacia un triste o dudoso porvenir.

El que estudia tiene siempre la recompensa de muchos beneficios.

El mejor triunfo será el del más sabio. Un hombre ilustrado vale más que muchos necios. No descuidemos los libros cuyas páginas encierran tantas maravillas.

IV.

Le habíamos escuchado con sumo interés. Nos fué tan simpático y creímos tanto en lo que dijo, que en el recreo nos ocupamos de observar y repetir sus consejos.

Cuando yo llegué a mi casa, conté cuanto había aprendido. Mis padres, que siempre se ocupaban de mi comportamiento en la escuela, me estimularon para que practicara tan hermosas enseñanzas. Mis hermanos, a quienes yo refería los nuevos conocimientos haciendo de maestro, obedecían mis indicaciones.

Hoy, recordando ese pasado, me es fácil comprender hasta dónde se extiende la influencia de la escuela, y cómo el hogar puede cooperar interesándose por lo que el niño aprende.

Es una obligación sana la que se imponen aquellos padres que revisan diariamente el cuaderno

de sus hijos e indagan acerca de su conducta y aplicación. Así podrán corregir, y conociendo lo que el niño vale, no serán inoportunos en sus quejas, generalmente sin motivo.



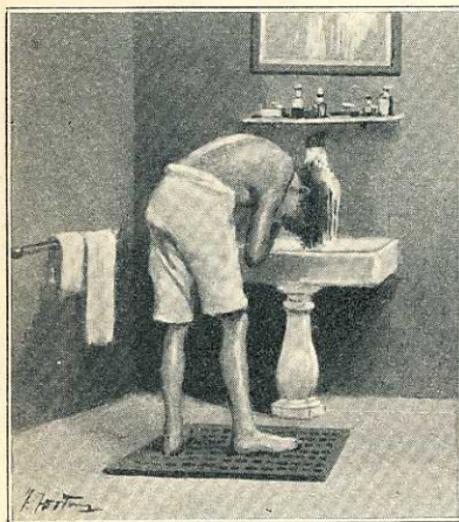
V.

Una tarde, antes de entrar a clase, mandó a su casa a un niño desaliñado en la ropa, con el cabello en desorden y con la cara y las manos tan desaseadas que quizá habíase pasado veinte días sin mojar un dedo en el agua.

No dijo la causa del rechazo, pero después, en clase, se expresó así: Uno de los deberes primordiales, es el de velar por la salud propia. De otro modo no seremos útiles a nadie. Las enfermedades nos acosarán, y, sufriendo, daremos ardua tarea a la sociedad. Y todo será por nuestra desidia, pues el agua y el jabón cuestan muy poco.

Los niños limpios están siempre alegres y dispuestos al trabajo.

El cuerpo es semejante a un árbol. Por eso hay que cuidarlo para que, como aquél al impulso del huracán, no caiga al contagio de los males. También se puede comparar la inteligencia a las flores, que son más bellas cuanto más vigoroso es el tallo.



La vida es preciosa y no debemos desprendernos de ella por falta de criterio.

El ejercicio, los juegos gimnásticos y la higiene, son medios excelentes que fortifican al individuo preservándole de muchas enfermedades.

Los niños deben jugar sin ser traviosos, recordando que tienen horas reservadas al cumplimiento de sus deberes.

VI.

Un niño no había hecho unos problemas. Con tal motivo, el maestro se expresó así: El trabajo es una ley de la naturaleza. Tanto la oruga como el hombre, trabajan. La primera teje su capullo y el segundo levanta su casa, labra su fortuna y cultiva su inteligencia.

Quien no trabaja, mendigará; y cuando le nieguen un mendrugo, lleno de vicios que se adquieren en la vagancia, robará. ¡Qué miserable condición es la del ladrón! No tiene conciencia, porque tan presto despoja al moribundo como quita el pan a los huerfanitos.

El trabajo, que es la salvación de los buenos, dignifica siempre.

No dejéis de hacer vuestros deberes, niños, que así aseguraréis el porvenir.

VII.

En Abril del mismo año, los alumnos del grado fundamos la sociedad "Ayuda Mutua". Dirigidos por el maestro, formamos una comisión administradora que tenía los libros necesarios para hacer cuanta anotación era menester. No debíamos dar más de diez centavos al mes, pero sí menos y nada quienes no tuvieran.

Al principio nos pareció imposible la realización de obras con sumas tan pequeñas. Pero pronto comprendimos las ventajas del ahorro. El primer beneficio lo hicimos a un compañero pobre. Tam-

bién dimos algo para el hospital, y a fin de año, después de haber ayudado a muchos, quedaron en caja algunos pesos.

El inspector nos felicitó oportunamente y un diario de la localidad recomendó varias veces nuestra obra como un ejemplo digno de ser imitado.

VIII.

Cuando fuimos a llevar pan a una mujer que estaba enferma, el maestro nos habló emocionadísimo del hogar. Creo que todos tuvieron en su mente gratos recuerdos, y afectos íntimos en el corazón. Yo vertí más de una lágrima. . .

Recuerdo que comparó el hogar con un nido de aves. Los niños, — dijo, — alegres o con lágrimas en los ojos, semejantes a los polluelos, siempre esperan el sustento. Los padres son capaces de morir por el bien de sus hijos. Vean a esta pobre madre, — agregó, — cuyo mal es debido al trabajo excesivo.

Efectivamente, se había enfermado lavando afanosa a la humedad. Tenía cinco hijos huérfanos de padre. Su única posesión la constituía un terreno donde había levantado su casa a fuerza de privaciones.

Sin nuestra protección y la de aquellas buenas personas que nos imitaron, aquella mujer hubiera perecido.

IX.

Por el camino encontramos a un criado, débil y mal vestido que pujaba con un tremendo canasto de verduras.

El maestro nos hizo entender que ese niño, a pesar de su condición de sirviente, formaba parte del hogar. Las personas pueden servirse de otras, — dijo, — pero sin ultrajarlas ni martirizarlas. La buena ropa, el alimento sano y la educación suficiente, constituyen la mejor recompensa que los patrones deben darles.

Hay, sin embargo, quienes tratan con crueldad a los humildes sirvientes. Tales personas no piensan en la suerte que sus hijos podrán correr mañana. Sus acciones deberán ser frutos de la ignorancia o de la perversidad.

X.

Había un muchacho malísimo que en cuanto se enojaba con alguno nos decía a todos: Yo no preciso de nadie.

El maestro lo llamó un día y con palabra severa, en tono inusitado, le dijo: Trate de sacar aquel saco de arena antes de cinco minutos, porque de lo contrario se quedará después de clase.

Guillermo, el niño malo, que como nosotros no acertaba con la razón de aquella orden, se apartó confuso. Intentó en vano el primer esfuerzo. Se trataba nada menos que de mover unos cien kilogramos.

Convencido de su impotencia, miró humilladamente a cuantos le rodeábamos, pero sin valor para pedirnos ayuda, debido a que poco antes nos había chocado con sus frases petulantes.

Como al querer hacer nuevo esfuerzo, algunos compañeros se rieran, Guillermo, enfadado y lleno de vergüenza, se puso a llorar amargamente.

El maestro apareció en ese instante y sin más



preámbulo nos dijo: Ayúdenle. Aunadas las fuerzas, los cien kilogramos se deslizaron fácilmente.

La lección vino en seguida.

— Comprenda usted, amiguito, — agregó — que el hombre vive en sociedad porque precisa de ella. El sastre nos hace la ropa, el panadero nos trae el pan, el cochero nos conduce, el maestro nos educa, y como usted acaba de ver, los brazos de muchos arrastran cualquier mole.

Sea amigo de todos, — le dijo, — echándole

al grupo. El muchacho, que no tenía mal corazón, comprendió, y nos abrazó emocionadísimo. Desde entonces fué un excelente compañero.

XI.

La mentira usada para rebajar las condiciones del vecino, — decía, — es detestable. Es el chisme o la calumnia que emplean los perversos que no estudian ni trabajan.

Jamás permitía que un chicuelo se le acercara a decirle lo que hacían o habían hecho los demás.

XII.

Una hora nos habló después de evitar la riña que estaba por trabarse entre el jorobadito Luis y Antonio Domínguez.

En resumen, lo que más recuerdo es lo siguiente: La lucha, — dijo muy agriado, — sólo se explica entre los animales que no tienen palabra para entenderse ni razón para hacerse justicia. Pero en los hombres no debe permitirse jamás. Pelean los imbéciles, los que no saben dominar sus pasiones ni comprender la ofensa que infieren a la sociedad. ¿Que no está el padre, el maestro, el amigo, el juez, para dar un fallo imparcial y satisfactorio? ¿Por qué se ha de emplear la fuerza bruta o las armas homicidas?

¡Oh, irreflexivos! ¡Cuántos ignoráis el triste fin de aquellos que resuelven sus disputas lo mismo que el asno con las herraduras de sus cascos!

XIII.

Los niños pobres nos sentíamos muy satisfechos cuando realizaba nuestra humildad reprendiendo a aquellos ricos llenos de pretensiones.

Caballeritos, — les decía cuando iban invocando sus padres: aquí no se preguntan nombres. Se exige una condición para triunfar: la razón; y se da un premio al que es bueno: la justicia.

Ante las leyes de nuestro país, todos los hombres son iguales.

En la sociedad, se diferencian por su talento, por su riqueza o por sus buenas costumbres.

Yo soy un juez que no admite soborno. En esta escuela se ejercitan derechos y deberes. Quien no quiera someterse, tiene franca la puerta. Quedaremos los mejores. . .

Está demás decir que ningún niño hubiera querido irse. Los culpables se arrepentían y solicitaban perdón. El maestro les daba entonces consejos sublimes.

XIV.

El vasquito José fué el amigo más simpático que tuve. Era pobrísimo. Su ropita limpia tenía siempre más de una docena de remiendos bien pegados.

Una vez, el hijo de un comerciante por mayor, muchacho sin ningún sentimiento aparente, comenzó a burlarse de él.

José, siguiendo las indicaciones del maestro, fué a exponer el caso sin proferir una palabra más alta que otra.

Yo no sé lo que el maestro les dijo, pero ambos regresaron tomados de la mano. Hoy mismo, que son hombres, viven ligados por franca amistad.

Ese día despachó más temprano a los dos reconciliados, y después nos dijo a todos: Ni la pobreza es deshonra ni el ser rico una gloria. Las personas se juzgan únicamente por sus condiciones. Lo demás, no eleva ni rebaja méritos. La fortuna en



malas manos causa grandes desastres. Una pobreza resignada es capaz de alentar obras magníficas.

XV.

En una lección de geografía sobre la República Argentina, nos hizo comprender lo necesario que era tener patria y gobierno.

Si no hubiera códigos ni autoridades, dominaría el más fuerte, como aconteció en épocas remotísimas. Sin embargo, creamos que sería hermoso que pudiéramos vivir libres, sin necesidad de luchas. . . . Pero, ¿sabéis qué precisaríamos? Ser todos bonísimos, lo que será siempre imposible.

Las leyes, por otra parte, se han hecho para castigar al culpable y proteger al bueno. Sólo quienes las manejan pueden fracasar por incompetencia o parcialidad.

XVI.

Un día pasábamos por frente a la cárcel. Las grandes murallas, el rumor de los cerrojos y muchos otros detalles de severidad, imponían respeto.

Nuestras charlas y risas cesaron. Caminábamos en silencio. Algunos miraban al centinela cuyos pasos de ida y vuelta resonaban lúgubres. Yo pensaba en los encausados, haciendo mil reflexiones tristes.

— ¿Quién ha encerrado a esos miserables? — dijo un muchacho.

— La justicia, — respondió el maestro.

— ¿Para qué, señor?

— Para corregir a los que han tenido la fatalidad de extraviarse, y para castigar a los malvados.

— ¿Quién se ocupa de corregir o castigar?

— La autoridad, por medio de leyes.

— ¿Y quién faculta a la autoridad?

— Las sociedades, al constituirse, han formulado estos convenios: premiar al que haga obras

buenas y dar su merecido al que atente contra su semejante.

Desgraciadamente, la falta de cultura es la causa principal de la criminalidad. Si se indaga en un presidio, el número de condenados analfabetos será siempre abrumador.

Por eso hay que hacer que el cerebro aprenda a pensar y el corazón a sentir.

¿Comprendéis por qué la Nación se afana en difundir la enseñanza?

— Sí, — contestamos en coro, y seguimos meditando sobre las ventajas de la escuela.

XVII.

Estudiábamos los límites del país. A un compañero poco reflexivo se le ocurrió que nuestro ejército, disciplinado y fuerte, debía apoderarse de cierta zona extranjera muy rica.

El maestro le miró firme. Luego le dijo: ¿Sería usted capaz de quitarle las gallinas al vecino, puesto que son mejores que las suyas?

El muchacho comprendió. El maestro, entonces, siguió hablando de este modo: Las naciones, ante el mundo, son como los individuos ante la sociedad.

El respeto mutuo entre los países, propicia la paz universal. Y ya sabemos los beneficios que trae la paz.

La nación que no respeta a su vecina, sufre iguales consecuencias que el hombre que ofende a sus semejantes.

Los países más bien organizados, más indus-

triosos y más progresistas, saben respetar los derechos de los demás, y así, suelen ser árbitros infalibles en muchas cuestiones internacionales.

Nuestro país, que goza de todas las libertades de una nación constituida, nunca usurpará los derechos que en caso contrario sabría defender con honra y valor.

No olvidéis, pues, lo que una nación es ante el mundo.



XVIII.

De este modo o contando lindas anécdotas, desarrollábamos nuestro programa de moral. Casi puedo asegurar que en el horario no había lugar determinado para esta materia; pero no se desperdiciaba ninguna ocasión provechosa. No hacíamos muchas clasificaciones ni aprendíamos fór-

mulas frías, sino que sacábamos consecuencias prácticas que nos tocaban el alma.

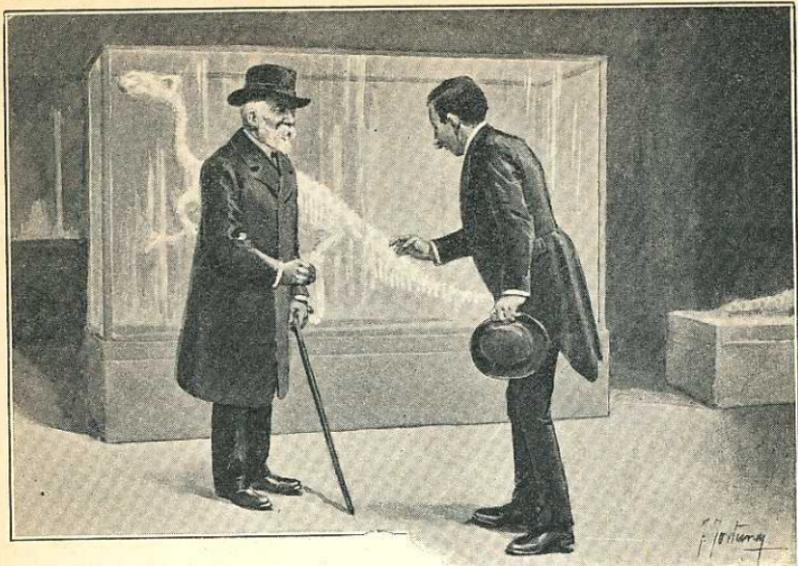
El recreo solía ser la mejor aula, porque es allí donde el niño, jugando libremente, revela al educador experto todos sus defectos y bondades.

Por eso el maestro nos observaba desde lejos. Hacía anotaciones en una libreta que guardaba con cuidado, y el mejor día, para aclarar cualquier asunto, la abría. Era como un libro de magia que revelaba el porvenir, basándose quién sabe en qué particularidades del pasado. Yo he creído después que allí estaba la mejor filiación de cada alumno. El maestro era un gran psicólogo y mejor observador.

Si yo hubiera estado varios años bajo su dirección, quién sabe cuántas enseñanzas más hubiera coleccionado. Pero el buen hombre duró poco en la escuela, porque no faltaron envidiosos que haciendo mover influencias mezquinas lo despojaron del puesto. ¡Seis meses sólo tuvimos la dicha de escuchar su palabra sana y elocuente!

Pobre y olvidado, sin el cariño de los que hoy somos hombres, sé que aún vive por ahí los últimos años de su existencia. ¡Puede ser que lea estas páginas y sienta la gratísima emoción de ver expresado por un ex alumno suyo el sentimiento que sacó de su corazón para inocularlo en los nuestros!

ANÉCDOTAS



La modestia de un sabio.

I.

Así como en las aves no es signo de mejor canto la variedad del plumaje, en las personas no siempre es más sabio el que se envuelve en sedas y oropeles.

Es que la grandeza, por lo general, riñe con las frivolidades.

II.

En una modestísima casa, en la ciudad de La Plata, vivía un hombre venerable y simpático al mismo tiempo. Se ocupaba de vender libros y cuadernos a los niños de las escuelas.

Cansado estaba yo de verle todos los días sin que jamás se me ocurriera indagar su vida, porque nunca nos importa lo que no nos despierta interés. Pero como para todo hay una ocasión, una vez, entre ocurrencias y risas, viendo al librero ante una larga fila de esqueletos que hay en el Museo del Bosque, nos preguntamos: ¿habrá venido a venderles tinta y papel a esos imbéciles de huesos, incapaces de responder o de aceptar negocios?

No sé en qué hubiera parado esta jarana tan necia, si no hubiéramos visto a uno de los profesores más ilustrados de la Universidad acercarse a él con el sombrero quitado.

Algo así como una eléctrica impresión de vergüenza y admiración nos dominó, y, todos, temblorosos y en voz baja, dijimos: ¡Ameghino!

III.

Este famoso sabio no tuvo más título que el de maestro de escuela. Pero trabajó solo y con amor...

Aparte de otras, podemos hacer esta deducción: *la sabiduría no se ostenta en las plazas ni se exhibe en las vidrieras: permanece oculta hasta que la recompensa humana le eleva monumentos imperecederos.*

La respuesta de un niño sensato.

I.

Hay que creer en lo que se entiende o en lo que la ciencia ha admitido después de muchas cavilaciones.

Los niños cultos no aceptarán jamás las fábulas como historias ciertas.

II.

Juan José tenía más amigos que un político. Y no era porque disfrazara sus afectos, sino porque abriendo su alma sincera, mostraba su amabilidad capaz de cautivar a un rebelde.

Cierta ocasión, cuando ya había entrado en la convalecencia de una fiebre que le tuvo a las puertas de la muerte, le visitaban tres compañeros.

Los cuentos, como de costumbre, fueron mil.

Uno habló de un gallo sabio; otro de un santo que fabricaba estrellas, y el tercero de una bruja que comía fuego.

Observando los tres visitantes que su amigo no las iba con el gallo, el santo ni la bruja, le dijeron: y tú ¿en qué crees?

El interpelado, con palabra segura, respondió: Yo creo en la ciencia y en el médico que me salvó la vida.

III.

En realidad, sólo la ciencia hace maravillas. Los demás fenómenos son reacciones de la naturaleza.

Así, bueno es recordar que *antes de creer y de contestar, hay que concretar razones fundándose en hechos y verdades admitidas.*



Caridad.

I.

Suele ser más eficaz el centavo que da personalmente el pobre, que el millón enviado desde las arcas del poderoso.

El más humilde comprende mejor la miseria por estar más vinculado a ella.

II.

Era un sábado y los mendigos habían recogido cuanta limosna se tenía destinada en el asilo para ese día. El último de ellos, un joven de aspecto inteligente, con las dos piernas amputadas, se alejaba saciando su hambre con el pan duro que había recibido.

No se había arrastrado mucho, cuando una viejecita, compañera de infortunio, oyó la triste noticia de que no quedaba más limosna.

El rostro seco de la anciana se bañó de lágrimas, y ya se iba, cuando el desdichado joven la llamó y le dijo:

— ¿Cuál es su dolor tan grande, vieja amiga?

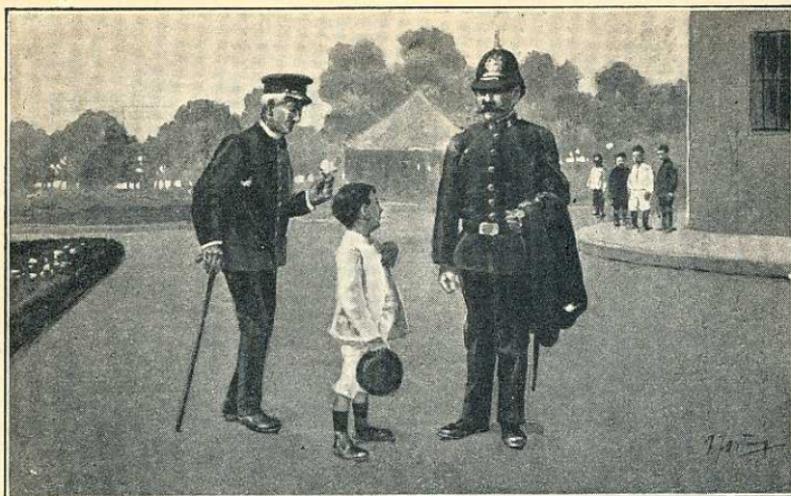
La mendiga respondió: Tengo una nieta enferma y carezco de todo.

No precisó oír más el inválido. Cortó un gran pedazo de su mendrugo y junto con un cobre de dos centavos se lo dió, diciéndole: Tome, que mañana pediremos más.

III.

¿Habrá caridad más pura? ¿Quién haría un sacrificio más grande para aliviar al prójimo?

Fué esa la mejor limosna que recibió la anciana, porque *la caridad no es sólo alivio material, sino ternura para el alma.*



Respeto a la autoridad.

I.

La rebeldía suele ser vanidad alentada por la ignorancia. La obediencia que no envilece siendo razonable, es siempre una actitud de los espíritus más fuertes y equilibrados que no ven en ello otra cosa que respeto y cultura.

II.

Jugaban en la plaza de Dolores varios niños traviosos, y quien sabe por qué sugerencias los acompañaba el muy decente Carlitos.

Entraban a los jardines, trepaban a los focos y arrojaban piedras a la pirámide que recuerda la gloriosa Revolución del Sud.

El vigilante, avisado por el guardián, se diri-

gió a ellos. Todos huyeron entonces, gritándole: ¡*Baca* la mano! ¡*Baca* la mano!, — mote que el humilde servidor cargaba a causa de los errores que cometía en las instrucciones de táctica, por no dominar el castellano.

Carlitos, mientras sus compañeros se insolentaban, volvió hacia donde estaba el vigilante más con vergüenza que rabia, y descubriéndose, le dijo como un hombre honesto: Señor, yo he cometido una falta, porque me han inducido. Si no se puede disculpar, cíteme, que iré muy arrepentido a pagar los perjuicios.

El modesto agente se conmovió, y el jardinero, hombre pobre pero inteligente, arrancó la mejor flor y le dijo: Toma este premio, ciudadano que respetas a tu patria en su más humilde servidor.

III.

¡Cuán justo fué el elogio del guardián!...

Siendo la autoridad el principio de orden y de justicia que rige a la sociedad, debemos acatarla sin fijarnos en la persona que la representa.



Constancia.

I.

La gota horada la piedra, — dice un viejo aforismo. — Los golpes consecutivos doblan el acero, y las grandes obras no son más que fruto de sabiduría y afán.

II.

Tramontini era uno de esos italianos buenos que nos ayudaron y enseñaron a conquistar la pampa por medio del arado.

Llegó por aquel tiempo en que todavía bregábamos por darnos una constitución.

Pobre y desconociendo el ambiente, pudo ubi-

carse quien sabe por qué suerte en una hectárea de campo anegadizo que le ofrecieran más por chanza que por caridad.

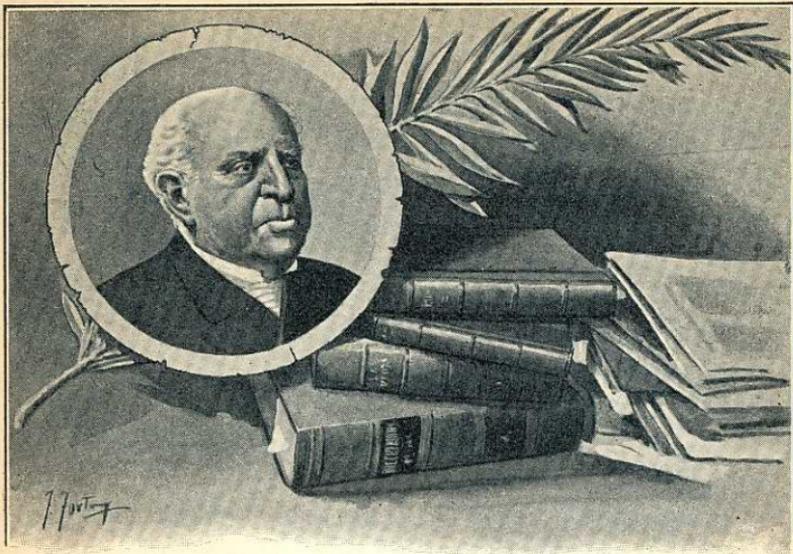
Tenía ya la tierra preparada para sembrar, cuando una lluvia torrencial le inundó hasta la cueva en que vivía. Quienes lo favorecieron en la forma que dijimos, despreocupados en ese entonces del valor de las cosechas, tuvieron un lindo motivo para reírse del *gringo*, como decían, dada su poca cultura.

Pero el infeliz no desmayó. Entre el asombro de unos y la burla de los más, armado de una pala comenzó a rodear su erial con una zanja ancha y honda. Hizo luego pequeños canales, y desagotado el terreno, quedó húmedo y en inmejorables condiciones para sembrar.

Echó semillas y cuidó los almácigos. A los pocos meses vendía el producto de sus hortalizas, y, pasados los años, fué rico.

III.

No aceptemos las burlas del necio ni nos desalentemos ante un fracaso inicial, porque *el triunfo no es siempre fruto de la sabiduría, sino que a veces es obra de la constancia.*



Amor al estudio.

I.

El libro bueno tiene el mérito de ser un compañero fiel que nos enseña a cada paso la verdad incommovible que se lee en sus páginas.

Los grandes hombres aprendieron mucho en los libros, y en ellos dejaron también el producto de sus desvelos, que es la ciencia que nos enseña o el arte que nos deleita.

II.

En la ciudad de San Juan había, entre otros, un hogar pobre, pero bien organizado.

La madre adoraba a sus hijos y éstos la servían,

deseosos de reemplazar con sus esfuerzos al padre que, alistado en los ejércitos, luchaba por la patria.

Fueron así salvados los mayores inconvenientes, y uno de ellos tuvo suficiente tino para mirar hacia otros horizontes. Aprendió cuanto enseñaban en la escuela y leyó todo lo que tuvo a mano. Después instruyó a los que se lo solicitaron, y desterrado del país por haber defendido la buena causa, fué acogido en Chile por los méritos de su talento.

Vuelto a su patria, cooperó luchando contra el tirano Rosas. Más tarde ocupó importantes puestos, llegando nada menos que a ser Presidente de la República Argentina!

¿Sabéis quién fué este hombre singular?

Le conocemos y honramos con el nombre de Domingo Faustino Sarmiento.

III.

Recordemos esta vida ejemplar y sepamos que *el estudio suaviza las pasiones y orienta al genio abriéndole las puertas más dignas de ser franqueadas.*



Modestia.

I.

Hay una condición que es común a los sabios y pensadores: la de no pregonar sus méritos.

El vanidoso, contrariamente a ésto, quiere siempre ostentar sus ridículas famas para ganar aplausos de los que nada entienden.

II.

Era Jorge uno de esos niñitos silenciosos que suele haber en las clases; pero no de esos que duermen, sino de aquellos que escuchan a los maestros con ansias de aprender.

Jamás tuvo una penitencia; y sus libretas y cuadernos lucían las mejores notas.

Un día, la maestra que conocía bien a todos, preguntó con cierta intención: ¿Quién se atreve a ser el mejor alumno de la clase?

Los niños, turbulentos, entusiastas, se levantaron de golpe gritando desordenadamente: ¡yo, señorita! ¡yo, señorita!

La maestra dejó traslucir su disgusto en un gesto de desaprobación. Luego volvió la mirada hacia Jorge, único alumno que no se había puesto de pie.

Los niños, que conocían al compañero, se dieron cuenta de la lección y exclamaron a tiempo: ¡Aaaah!...

Jorge bajó la frente con los ojos llenos de lágrimas.

III.

¿Quién quisiera ser como Jorge? ¿Habrá niños así, en esta clase?

Busquemos ejemplos, muchos ejemplos y no olvidemos que *la modestia es una condición de los mejores.*



Honradez.

I.

Lo que la ley no nos asigna y lo que las personas no nos ofrecen, es ajeno.

Las obras y los productos del vecino son para su gloria o goce, porque los ganó con su trabajo.

II.

Hago estas reflexiones para referirles en seguida algo de Roberto, el hijo de una lavandera que conocí.

Era lo que se llama un niño bueno. Iba a la escuela, hacía sus deberes, ayudaba a su madre,

y no descuidaba de ser cortés y atento con todo el mundo.

Una vez, en circunstancias que traía ropa usada de la casa de un señor, la bolsa, mal cerrada, dejó caer un pantalón de niño. Roberto abandonó pacientemente la carga a un costado, y cuando levantó la pieza, cuatro monedas de diez centavos rodaron produciendo un sonido encantador.

Sin emocionarse, guardó la ropa y cogió el dinero. En seguida regresó a la casa del señor.

Con la tranquilidad del que obra bien, entregó el dinero, y se fué sin aguardar recompensa.

Roberto es ya un hombre, y trabaja en una habitación que le ha dado el dueño de los cuarenta centavos, que hoy es, también, un millonario.

III.

¿Habrá mejor acción que ésta? ¿Valdría haberse guardado aquellas cuatro monedas?

Roberto fué un niño honrado, y *la honradez es la recomendación que, redactada con nuestras virtudes, no pedimos a nadie.*



Cumplimiento y respeto.

I.

Si yo quiero atenciones de los demás, debo comenzar por practicarlas para con ellos.

Con el amigo, con el extraño, con los suyos o con la autoridad, es muy lindo ser comedido, dejando a un lado todo lo que tenga visos de rebeldía y atrevimiento.

II.

El anciano García contaba ochenta años y había sido, además de buen soldado y mejor padre, un vecino honorable.

Cuentan sus nobles amigos que jamás faltó a nadie, y que en las circunstancias de ira, tan comunes a los hombres que bregan, trataba de calmarse para no ser injusto por irreflexión, como solía decir.

Entre sus numerosas anécdotas, encuentro esta que es digna de repetirse:

El joven maestro de la localidad había suscrito una circular que obligaba a los padres o tutores a inscribir personalmente a sus niños. El viejecito la leyó, encontró las razones, y como tenía dos nietos a su cargo, una mañana tomó el camino de la escuela, a pesar de sus achaques.

Visto y admirado por todos, entró al aula.

¿Por qué se ha incomodado usted, señor García?, — le dijo el maestro que le amaba tanto.

El anciano, sin hacer alarde, respondió: He querido cumplir lo que ordena su circular.

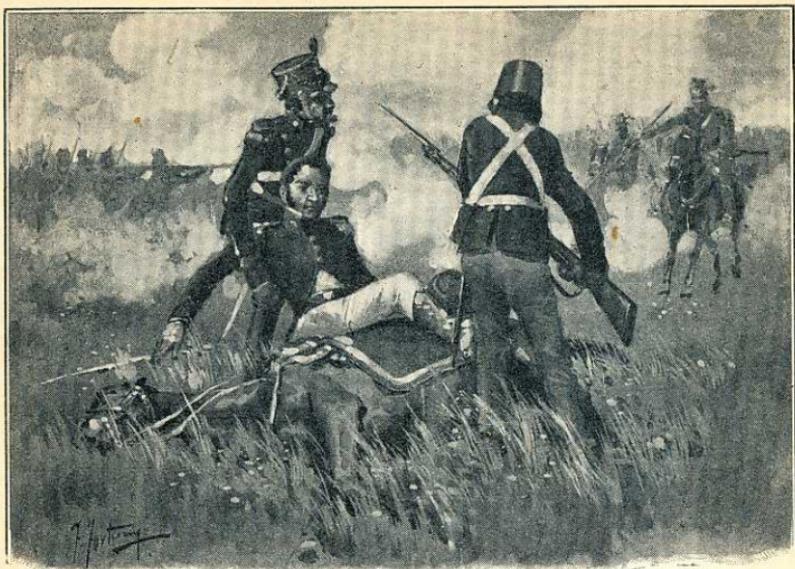
El maestro le estrechó la mano y dijo a los otros: ¡Qué hombre más sensato!

III.

¿Será preciso ser más pobre o más joven para acatar lo que manda la justicia?

¡Ah, qué ejemplo el del señor García!

Podrá traducirse así: *sólo cumplen y respetan los hombres que merecen delicadas consideraciones.*



Valor.

I.

Cada una de nuestras condiciones es semejante a un instrumento o arma que debemos emplear en su oportunidad.

Si no observamos esto, llegaremos a hacer caridad al holgazán, o a aplaudir al *héroe* de una riña callejera.

II.

A propósito de lo dicho, voy a recordar la historia de dos soldados.

La guerra de la independencia estaba en su

apogeo. El enemigo, dueño de una plaza fuerte, hostilizaba al país con incursiones desoladoras.

El general San Martín fué designado entonces para poner freno a los avances.

Con la pericia que le distinguía, alistó el famoso regimiento de granaderos a caballo, y cuando le fué posible, se dirigió al lugar de San Lorenzo, costeano el Paraná.

Pronto se estrenó el brillante escuadrón. El día 3 de Febrero de 1813 los sables argentinos obtenían un triunfo discreto.

Todos los soldados habían luchado con denuedo; pero en medio del combate, donde cayera muerto el corcel de San Martín, apretándole, un cuadro magnífico se desarrolló.

El soldado Baigorria quitaba una estocada que hubiera dado muerte a su Jefe, mientras Juan Bautista Cabral, echando pie a tierra, le levantaba y le ofrecía su caballo. Luego siguió luchando y, acribillado de heridas, murió prorrumpiendo vivas a la patria.

III.

¿Qué, sino la libertad, salvaron Baigorria y Cabral en la persona del ilustre Libertador?

¡Admirables acciones que no siempre realizan los más!

Es que el valor no es fuerza mal empleada ni ira brutal, sino decisión amplia y altruista que lleva a la inmortalidad.



Patriotismo.

I.

Muchas obras grandes han sido realizadas por el esfuerzo de los más humildes.

Cuando abramos la historia, admiremos a los que dieron sus fortunas, sus vidas o sus ideas en bien de todos.

II.

A fines de mil ochocientos diez cruzaban la monótona extensión del país un puñado de hombres que iban hacia el Alto Perú, proclamando la libertad.

Al paso se les reunían ciudadanos voluntarios,

y otros eran impulsados por las madres, verdaderas heroínas de aquellos tiempos de gloria.

Como el gobierno carecía de medios, se levantaban suscripciones con precioso éxito.

Hubo quien dió cientos de animales o miles de pesos. Pero el ejemplo más bello lo ofreció un porteño radicado en Córdoba, el vecino Luis Antonio Veira, que, invitado a contribuir, dijo: «Ofrezco 25 pesos fuertes y mi persona de setenta años; y no doy más porque más no tengo...»⁽¹⁾

III.

¡Cómo llena de emoción este ejemplo sublime en su pequeñez! La historia no podrá olvidarlo.

Deduzcamos que *el patriotismo no es sólo espada que mata, sino alma que se enciende y pensamiento que vela por el bien de muchos.*

(1) «La Gaceta». Impresión fascimular; pág. 394.



Urbanidad.

I.

La sociedad tiene un código que no está impreso en ninguna parte, pero que es obedecido por las personas decentes que tratan de practicar toda regla de cortesía.

II.

Hace varios años me encontré accidentalmente en una pequeña población de la República.

Junto con otros viajeros me hospedaba en un hotel acomodado, donde una camarilla de viajeros de comercio nos venía molestando con sus imprudencias y desórdenes a la hora de la cena.

Un día, en el tren que llega a la oración, des-

cendió un señor acompañado de un criado que traía enorme valija.

Vestía correctamente sin ser lujoso. Su conversación era discreta. Debía ser algún hacendado. El sirviente le reverenciaba como si fuera un príncipe.

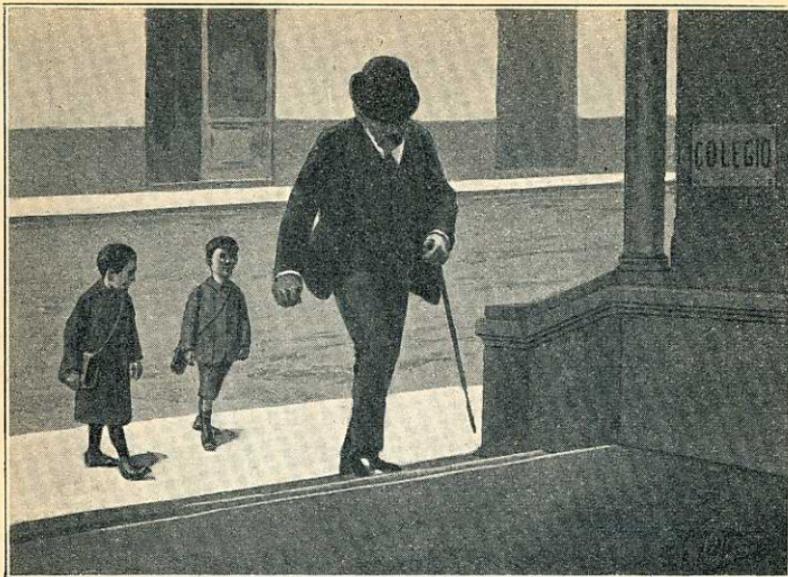
No habiendo otro lugar, esa noche se ubicó en un ángulo del salón. Comía lento y observaba la concurrencia. Pero de repente comenzó a incomodarse debido al bullicio que los viajantes habían iniciado con motivo de un cuento obscuro. Y al caerle un pedazo de pan que arrojaron, se paró y les dijo: Un hombre culto pide a ustedes más corrección.

Como hicieran caso omiso, ya bastante colérico, insistió de este modo: Recién les pedí consideraciones para el ciudadano, y no siendo atendido, ahora exijo, — y recalcó las palabras, — que respeten al Vicepresidente de la República.

III.

¡Preciosa enseñanza!

Se ha dicho con acierto que *no es preciso conocer a las personas para ser cortés con ellas.*



Puntualidad.

I.

Quien no es oportuno ni puntual, anda fuera del orden.

Por un minuto de atraso se pierde una fortuna, una batalla, la gloria, la vida...

Por eso, sólo los hombres de acción y talento, los que triunfan, son puntuales.

II.

En las crónicas históricas de todos los tiempos, es fácil encontrar anécdotas cuyo interés se relaciona con la puntualidad.

Pero sin necesidad de revolver ese pasado célebre, podemos hallar muchos otros casos en el presente.

Voy a recordar la respuesta sugerente de un distinguido profesor a quien no nombro temeroso de herir su idiosincrasia desprovista de vanidades.

Era en una rueda de amigos y se cotejaban ricos relojes de oro.

De repente, uno del grupo solicitó el reloj del profesor para compararlo con el que iba resultando mejor. Pero grande fué su asombro al saber que no tenía ni usaba reloj.

—¿Cómo es eso,—le reprochó,—que un hombre con obligaciones no lleve esta máquina tan importante?

El aludido sonrió y dijo: Nunca he creído que ese adminículo valiera tanto...

—¿Eso dice usted que lleva veinticinco años honrosos en el magisterio?

—Eso digo yo que en veinticinco años nunca llegué tarde, sin usar reloj, y sólo porque supe formarme el hábito de ser puntual.

III.

Dicho profesor cuenta en otra forma el caso en una de sus importantes obras.

La puntualidad, pues, disciplina al individuo, y junto con la satisfacción del cumplimiento, le da muchos triunfos.

Todas las cosas a su tiempo.

I.

La naturaleza nos da lindos ejemplos de oportunidad: en verano teje las frondas para apaciguar los rayos solares y en invierno despoja los árboles para aprovechar mejor la luz, el calor...

Lo que no se realizó cuando debiera, ganará más quedando inédito.

II.

Don Juan Cascarella, conocido por *Cascarilla*, según le habían apodado, era un vecino más que tonto, ingenuo; más que gracioso, ridículo.

Solía pasarse las horas divirtiendo a los socios del club, no tanto con sus chistes como con sus gestos cómicos y sus risas de bobo.

No era otra cosa que un infeliz, aunque él tuviera diversas pretensiones.

Deseoso de frecuentar los mejores sitios, alquiló por toda una temporada la platea más visible del gran teatro de la localidad.

Cascarilla repasó el programa y quedó menos enterado que el acomodador. Pero, iniciada la función, quiso mostrarse muy versado en cuestiones dramáticas. Así fué que aplaudió al maquinista

que se asomó casualmente; se contristó cuando todos reían y para colmo de su necedad, hizo resonar una carcajada en el momento preciso en que el primer actor culminaba en un gesto trágico.

Cansado de errar, le dijo a un amigo: ¿Quieres prestarme tus anteojos? A lo que el interpelado, que ya sentía fastidio, respondió: Lo que te voy a prestar es la inteligencia para que discurras cuándo debes reír o llorar.

III.

Es preferible siempre pecar por recatado que por locuaz.

Por otra parte, quien pretende ser gracioso sin serlo, termina por salirse de quicio para hacer un papel deslucido.



El castigo más duro.

I.

Una expresión suele encerrar, sin ser desmedida, la fuerza que agobia al infame.

El mayor castigo para el criminal es no aborrecerle, porque así su maldad no tendrá en qué fundarse.

II.

Serolod es una de las ciudades más doctas del país. Allí se vive en un ambiente de cultura, debido al importante núcleo de personas de excelente preparación.

Pero como en todo lugar, hay individuos que

alternan en primera fila sin tener más méritos que el traje que usan y los pesos que gastan.

El señor X, ilustrado caballero y padre de una numerosa familia, fué asesinado en la plaza por un joven del pueblo que, cediendo a sus pasiones, no pudo medir la magnitud del hecho.

La indignación sublevó los ánimos. El vecindario pidió justicia y los amigos de la víctima dieron los pasos necesarios para conseguir ese objeto.

Cuando ya todo estaba en camino; cuando la dura vindicación se iba a realizar, se creyó alentador consultar al herido sobre la severidad de lo que se pediría.

La respuesta fué de un rasgo sublime. El señor X, que ya estaba grave, llamó a su confidente, y con un gesto de hidalguía, casi sonriente, le dijo: — Sólo encargo mis queridos hijos y la madre, que quedan sin pan. Para el muchacho irreflexivo, nada... ¡lo perdono!

III.

¿No acongojan la bondad y el valor de un padre moribundo que bendice a los suyos absolviendo al criminal?

Sí; pero *el perdón de la víctima es siempre un castigo duro y constante que lacera la entraña.*



Las impertinencias de un envidioso.

I.

Las bromas a destiempo suelen arrepentir.
Es bueno saber conducirse, lo que es siempre posible mediante la educación.

II.

Dábase una bonita obra en un teatro de Buenos Aires, y el muy simpático Parravicini hacía desternillar de risa.

Yo, que ocupaba una silla en primera fila, había podido escuchar a dos émulos que ya no sabían qué decir del inimitable cómico. Y debía ser tal la

inquina que los acosaba que ni medían el tono en que hablaban.

Uno de ellos, el más tenaz, imitó al artista con un gesto ridículo. Parravicini lo vió y le dijo con sorna: Caballero, las gracias se hacen en el escenario. Si usted quiere, yo ocuparé su sitio para reírme. . .

III.

El espectador inculto no tuvo qué responder.

Así ocurre siempre a los que, deseosos de desprestigiarse, hacen un papel feísimo sin haber conseguido aplacar su envidia.



Piedad con los animales.

I.

Suele el egoísta no ver hombre más capaz y útil que sí mismo, sin que en realidad no sea más que un engaño de su pretensión.

El asno que tira en la noria merece más consideraciones que el holgazán que bebe el agua.

II.

En el pueblo de Quilmes había un barrio invadido por cierta plaga de orugas que no dejaba en paz a las hortalizas de la vecindad.

Los sapos y otros reptiles, haciendo de defensores comunales, aflúan al sitio ni bien cerraba la noche y brillaban los focos.

Los muchachos vagabundos, a su vez, se arma-

ban de palos y desarrollaban su instinto criminal reventando a los pobres batracios que espiraban con algún insecto en la boca como para justificar el motivo de la incursión.

La matanza era generalmente nocturna. Los vecinos no hacían más que reír. A ninguno se le había ocurrido impedir la fechoría.

¡Pero dónde fué a cruzar por el campo de "batalla" un inglés joven, alto, con unas piernas y unos brazos como de acero!

Una vez enterado, se dirigió al jefe de la pandilla y tomándole por la garganta, sin decir palabra, levantó el puño semejante a un mazo.

Todos temblaron, y el muchacho, ahogado en lágrimas, se atrevió a decir: ¿Por qué quiere pegarme?

— ¿Por qué pegas tú a los sapos? — interrogó también.

— Porque molestan. . .

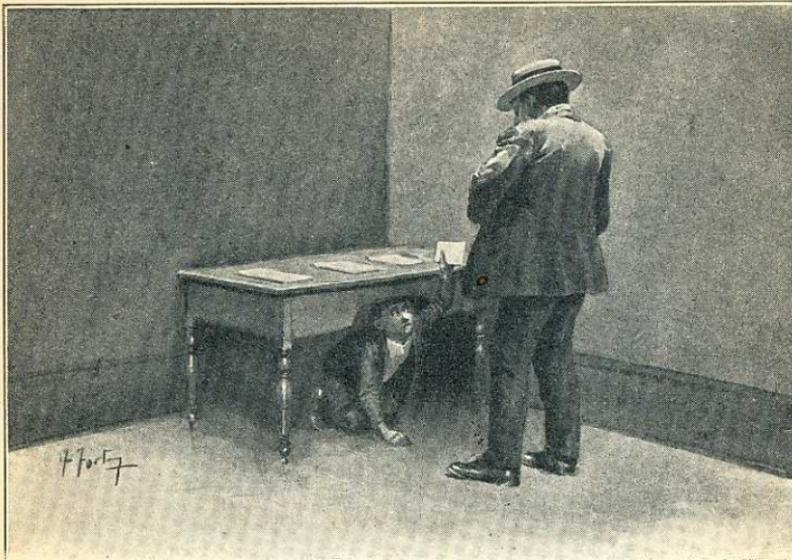
El inglés tuvo piedad del ignorante, y en breves palabras le enseñó los beneficios que prestaban a la agricultura.

El muchacho fué dócil. Defendió a los inofensivos animalitos y la plaga de las orugas se extinguió. Recién entonces desaparecieron los sapos.

III.

Pensemos que la tierra está poblada de animales que de una manera u otra, son útiles al hombre.

No olvidemos tampoco, que el goce infantil ante la muerte de un batracio se repetirá mañana en el hombre ante la desdicha de un semejante.



Los dos extremos.

I.

La meditación inteligente y tranquila lleva por el camino más ventajoso.

La ignorancia del bueno conduce a la misma fatalidad que la astucia del malvado.

II.

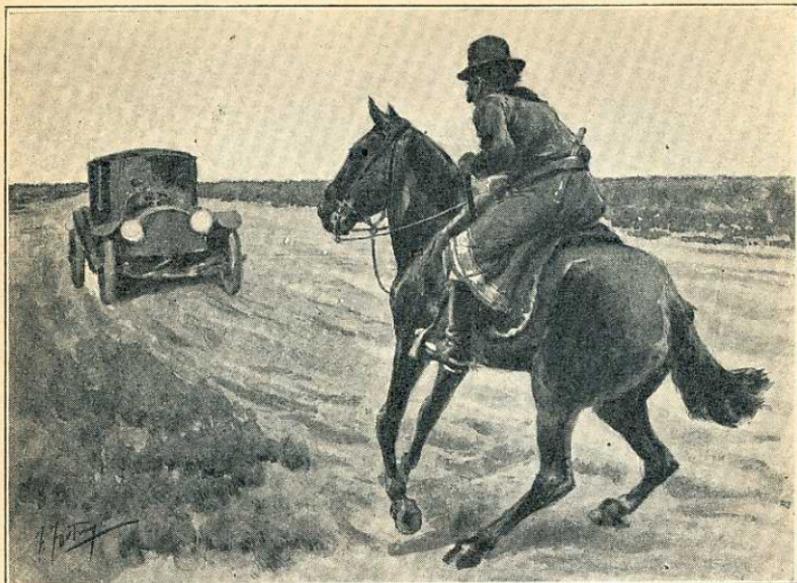
Cuando se puso en vigencia la nueva ley del voto obligatorio que tanto bien hizo al moralizar los actos cívicos, muchos fueron los errores y abusos que se cometieron. Pero los casos más notables, reflejo uno del hombre procaz, y otro del

ciudadano timorato, ocurrieron en Salta y Córdoba, respectivamente.

El salteño, de una moral relajada, tuvo la desfachatez de colocar un muchacho debajo de la mesa, en el cuarto obscuro, para que entregara la boleta de su partido a los votantes indecisos; y el cordobés, paisano humilde, que vió una montaña en la interpretación exagerada que hicieron los periódicos, se abatió tanto que, no hallando modo de excusarse, quitóse la vida.

III.

El último hecho apiada mucho. Pero es conde-
nable, porque *si vamos a exponer bienamente
nuestra incompetencia, ni la sociedad ni la jus-
ticia nos permitirán sacrificarnos en vano.*



Los fantasmas del progreso.

I.

La ciencia es luz que pasma al necio para dar paso a la verdad.

Los duendes no son más que alucinaciones de los cerebros ociosos.

II.

Hace unos quince años, cuando yo era niño, estando en la estancia de mis padres, oí referir a un gaucho un suceso que hacía poner los pelos de punta.

Viajaba el buen hombre por el camino real que

va de Chivilcoy a Navarro, cuando un rumor extraño le hizo volver la cara para mirar.

Como grandes candiles, — según se expresaba, — dos luces brillantísimas le hirieron la vista, y antes de que pudiera reflexionar, cruzó junto a él un vehículo sin caballos con gente que reía adentro. Dejó un olor infernal, y bañando de luz los cardales secos, se perdió en las tinieblas de la noche...

El paisano, hombre de crédito, que no sabía beber, se asustó tanto, que de una sola carrera llegó a su rancho.

Al otro día el suceso era conocido en todo el cuartel.

Nadie se atrevió a descifrar el misterio, y hoy mismo ha de recordarse por allá.

Sin embargo, yo he llegado a deducir que el tal “coche sin caballos” no fué otra cosa que uno de los primeros automóviles que corrieron por esos campos. Pertenece a un señor de Buenos Aires cuya estancia estaba en el partido de Navarro.

III.

El cuento es bonito si se aprecia la sinceridad con que lo narró el buen hombre, y el fervor con que se comentó después de fogón en fogón.

Pero ya que he destruído el encanto de aquellos criollos, dedúzcase esto: *si todo misterio es un problema, nuestro afán será despejar la incógnita para darle una solución razonable.*



También los criados son humanos.

I.

Todas las personas son iguales ante nuestras leyes. Sólo la miseria y la desdicha hacen que unos sirvan humildemente a otros. Pero las consideraciones de los hombres sensatos suelen dar apoyo y aliento al semejante pobre.

II.

En uno de los cinematógrafos de la ciudad donde viví largo tiempo, estaba cierta noche la familia de un vecino honorable. Cada cual tenía delante de sí un gran vaso de refresco recién servido. La señora invitó a beber. Dos de las niñas la acompañaron y la tercera mojó apenas los labios.

Al poco rato obscurecieron la sala para que funcionara el cinematógrafo, y entonces pude observar esta bella acción: la jovencita tomó su vaso, y mientras todos clavaban la vista en el lienzo, se lo alcanzó a la criada que trasegaba saliva deseosa de beber como los demás.

III.

Estas raras espontaneidades son dignas de aplauso.

Seamos siempre buenos con los que tienen iguales o mejores aptitudes que nosotros, aunque mayores desgracias.



Potencias diferentes.

I.

En los tiempos que vivimos valen más las hazañas del cerebro que las del músculo.

La fuerza bruta ha sido substituída por las máquinas que ha inventado el hombre inteligente.

II.

La escuela normal modificó favorablemente el ambiente social de *Los Sunchos*. Pero antes de encauzar su buena obra, tuvo que luchar con el elemento bajo y egoísta que le hizo una guerra maligna.

Los pasquines llenaban sus columnas de sátiras insidiosas; los incautos comentaban hechos falsos y no faltaron las provocaciones personales ni los crímenes horrendos.

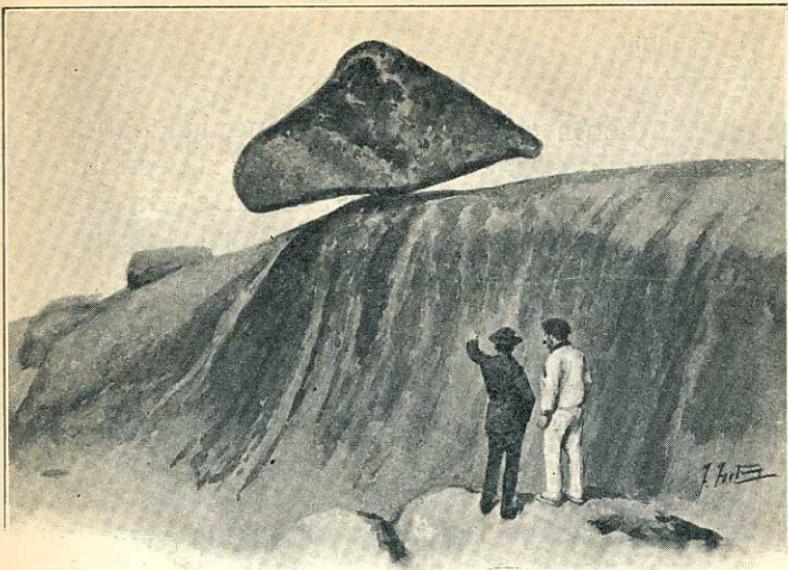
El director de la escuela, hombre cultísimo e inteligente, gran caballero y mejor amigo, soportó muchas calumnias y más impertinencias. Pero como en el caso que refiero en seguida, siempre aprovechó el ataque para devolver una lección elocuente.

Un individuo hecho allí de fama por su hombría y coraje en más de una elección ruidosa, le dijo después de una conversación que habían sostenido: Toque aquí, — y dobló el antebrazo haciendo músculos.

El director, comprendiendo la alusión soez, se aproximó, palpó, y sin hacer ponderación, tomándose la ancha frente con el índice y el pulgar, le dijo: Ahora toque usted.

III.

La salud es importantísima como base de la inteligencia. Pero *no confiemos nunca en la fuerza cuando tengamos aptitudes suficientes para pensar bien.*



La piedra movediza.

I.

Las cosas inútiles ruedan a los impulsos del progreso.

El hacha del obrero es capaz de derribar muchos mitos dejando en su lugar las obras que holgarán a la humanidad.

II.

El Tandil tenía su piedra elevada a maravilla, más que por la realidad, por la leyenda.

Por causas que no son de difícil explicación si se acepta que la región fué lecho de un mar milenario, la enorme masa de granito se mantenía en

una pendiente pronunciada. Se movía cuando la empujaban o cuando el pampero corría semihuracanado. El misterio, pues, consistía en su estabilidad, aunque haya sido falseado por las narraciones supersticiosas de la gente del lugar.

Aconteció que a fines de mil novecientos doce la piedra rodó al abismo, cansada de balancearse, según los viejos de allí, y, más probable, por habersele gastado la base de sustentación, según el cálculo de los ingenieros.

El suceso, mientras tanto, consternó a la población. Los diarios hablaron de «manos criminales» y la misma autoridad se ocupó de esclarecer el hecho. Pero no habiéndose obtenido un resultado capaz de satisfacer la vindicta pública, se pensó en elevar la piedra por medios artificiales hasta su antiguo quicio.

Los periódicos locales propiciaron la idea y las revistas humorísticas de la capital aplaudieron satirizando.

Poco después, sabiendo que la obra costaría muchos miles de pesos y que ningún beneficio reportaría, se desistió en buena hora.

Pero con el entusiasmo del momento, muchas tonterías y buenas respuestas se dijeron. Entre otras, recuerdo la que dió uno de los picapedreros a un empleadillo municipal.

— Esa piedra simbolizaba la tradición de nuestro pueblo. ¡Cuánto lamento su caída!, — dijo el último.

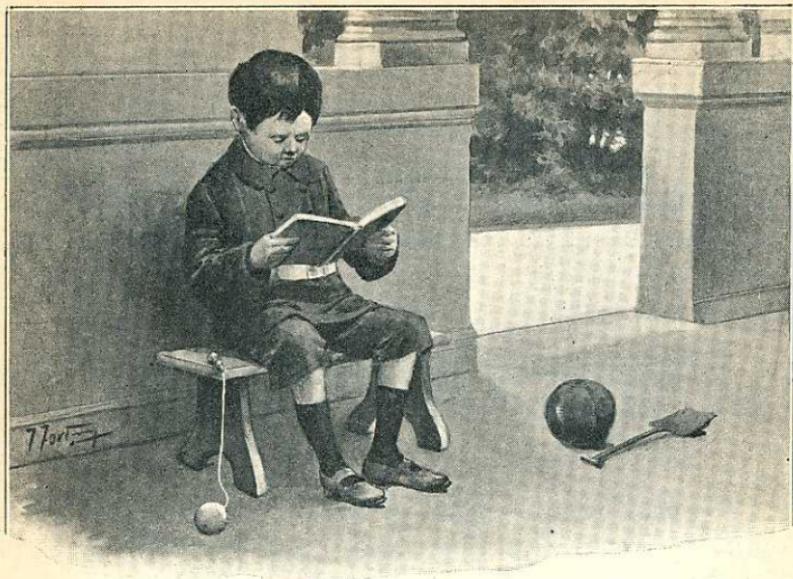
El jornalero contestóle entonces: No se aflija usted, que sobre esos despojos avanzará la civilización destructora de ídolos y obrera infatigable de la grandeza universal.

III.

El progreso lucha constantemente contra la naturaleza. La verdad borra de igual modo las viejas fábulas.

Por consiguiente, *no lamentemos hasta lo ridículo aquello que no hizo otra cosa que excitar la imaginación de los campesinos, sugiriendo mil cuentos sin provecho.*

REFLEXIONES



Reflexiones.

Quien encuentra algo que no es suyo, un reloj de oro, por ejemplo, deberá preguntarse:

¿Alguien me ha dado este objeto? No. ¿Hay alguna ley que diga que toda prenda extraviada es de quien la encuentra? Tampoco.

Pues entonces el reloj no es mío y debo devolverlo a su dueño.

Cualquier recompensa me satisfecerá más y mi conciencia estará tranquila.

*

Donde los argumentos van en contra de la verdad, falla la moral.

*

No causa tanta pena la miseria de un hombre como la orfandad de un niño, porque aquél ya ha realizado su vida, mientras que éste es aún un enigma capaz de encerrar todas las aptitudes del genio.

*

Sabiendo aprovechar el tiempo en los primeros años, pasaremos muy felices el resto de la vida.

*

No hay prueba más necia que la apuesta por dinero para dilucidar luego sobre quién tenía razón.

*

No olvidemos que el trabajo dignifica al hombre.

*

Breguemos siempre por el triunfo de la justicia.

*

Tratemos de aprender algo bueno cada día, olvidando algo malo, también.

*

La ciencia abre nuevos horizontes. Sigamos en pos de la ciencia los que ansiamos la luz.

*

Todo hombre debe tener una aspiración noble.

*

La indiferencia es la guerra sorda contra el progreso.

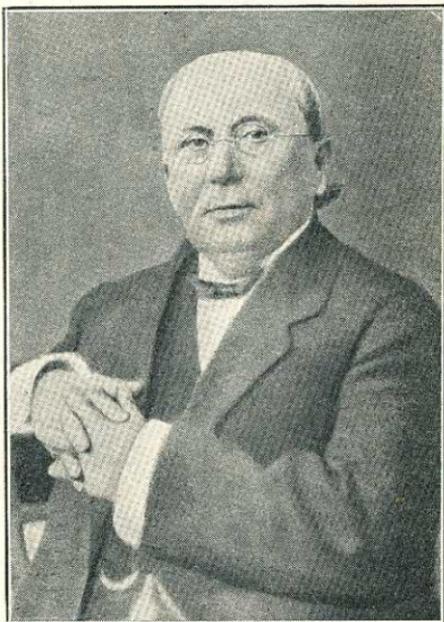
PAGINITAS

El poeta Almafuerter.

Don Pedro B. Palacios (Almafuerter) es un poeta genial. Como el cóndor, sólo, ha llegado a la cumbre de la gloria. Su fama ha franqueado los límites de la patria. Sus poemas se han traducido a varios idiomas. Es de la talla de Sarmiento. Es inmortal.

Sin embargo, este hombre tan eximio, vive en una forma modestísima, que es al mismo tiempo ejemplo de virtud, de humanidad y de sabiduría.

Hace muchos años que está radicado en la ciudad de La Plata. Su casita de la calle 66, núm. 530, es su palacio de marfil. Podría ser la mansión de cualquier obrero honesto. Se entra por un zaguán angosto. Hacia el fondo se divisan algunas plantas de rosas y claveles; a la izquierda está el escritorio de las meditaciones hondas. Lo demás se



reduce a cosas comunes, pero nunca triviales, porque todo se realiza por reflejo de su morador. Siempre le acompañan diez o doce niños a los cuales viste, da de comer y enseña. No creáis por esto que nuestro poeta es un millonario. Muchas veces carece de todo. Pero se lo busca con honra, con trabajo, con talento, con amor. Por eso es que los chiquillos le adoran. Y cuando él está de viaje, todos se notician y van a despedirle. Saben que va a dar una conferencia y que traerá algunos céntimos para ellos. Y así es. El gran bardo practica lo que canta en sus versos. Porque siempre es el mismo. Su carácter es sin doblez. Su personalidad está bien definida. Y, a semejanza del diamante, no varía de calidad bajo ninguna impresión, ni por la influencia de ningún propósito egoísta del medio ambiente. Almafuerte es siempre Almafuerte, como el Cielo es siempre Cielo y el Andes siempre es Andes.

Los hombres de más talento que hay en el país le visitan con devoción. El jamás se niega. Sólo cuando algún grupo de muchachos más o menos envanecidos se presentan invocando su calidad de «estudiantes», les responde acariciándoles: Bueno, vayan a estudiar...

La República Argentina se honra en tener un hijo tan esclarecido como Almafuerte. Los ciudadanos cultos le veneran. Los niños buenos le adoran.

En una de sus poesías ha hecho decir a Sarmiento: Yó soy de los que rajan por gigantes — la dura piel de sus estatuas duras.

De ese modo, con rasgos magistrales, se ha esculpido él mismo.

Amemos la tierra.

La tierra es nuestra madre común. De ella venimos y a ella vamos. Todo sale de ella. Todo vuelve a ella. Amar la tierra es progresar. Aman la tierra los que trabajan. El labrador que abre un surco mientras sueña con una cosecha de oro, ama el predio donde sus antepasados levantaron su hogar. También aman sus campos los hombres industriales, y los que ansían hacer una nación gloriosa de su patria.

Pero amar la tierra no es sólo contemplarla. Para demostrar cuánto la queremos, es preciso removerla, es preciso convertirla en campo de mieses o de flores; es poblarla, es cruzarla de vías...

Da pena ver eriales desnudos de vegetación útil y cubiertos de malezas. Poco cuesta el cultivo de un terreno. En nuestro fértil país, sólo no cultivan los que van quedando a la zaga del progreso.

El adorno mejor de una casita cualquiera, es su jardín con claveles y violetas; y su mejor recurso es su hortaliza con lechugas y coles.

Una propiedad que carezca de ésto, acusa abandono.

La tierra es nuestra cuando la labramos. Y entonces nos recompensa con árboles que dan som-

bra y frutos, con aves que cantan, con mariposas, con flores.

Los poetas hablan de la tierra con el cariño propio de sus almas grandes. Y sólo la gente frívola menosprecia su contacto.

Sigamos a los que saben, y aceptemos el apretón franco del aldeano que lleva negras sus manos con el polvo del trabajo, antes que la diestra enguantada del hombre presuntuoso que pierde sus horas lastimosamente.



Las mieses.

Carlos Ortiz, el eximio poeta vilmente asesinado, cantó a los trigales rubios en un poema que la crítica considera de mucho mérito. Una de sus estrofas dice:

«Los sembrados ofrecen sus doradas primicias; — hé aquí que nos llama la fe-

cunda estación — en que pasan los céfiros con temblantes caricias, — perfumando sus alas en la mies en sazón. . . .»

Ortiz, como todos los grandes espíritus, amó la naturaleza y el trabajo.

Un campo fértil donde ondulan millares de espigas que se levantan sobre millares de granos que fueron humedecidos por el sudor honrado del labriego, inspira tanto como la montaña con su

arrogancia o como el mar con el rumor eterno de su canción misteriosa.

Nuestro país, con extensiones tan apropiadas para la agricultura, se ha hecho rico y se hará poderoso siempre que aumenten los surcos y los brazos que recojerán la ofrenda de la tierra.

El labrador del «Poema de las mieses», el bello y robusto Ervar que ama más al arado que a la espada fratricida, ha de constituir el tipo de nuestros mocetones pletóricos de vida. Ya hay más de un Ervar por esas pampas, con el alma poética del gaucho legendario y el afán noble de los laboriosos extranjeros que han hecho aquí su hogar y su fortuna.

¡Ojalá que haya en mi patria muchos cultivadores de los campos y del pensamiento!



El arroyo.

Venía desde unos médanos. Limitaba algunos campos, bordeaba algunos sauzales y se abría en una cañada volcando su escasa linfa. Era manso. Copiaba muy bien el azul del cielo. Y corría tan suave, que si el pampero le encaraba, detenía su curso y se encrespaba como si se estremeciera humillado.

Pero un día se amontonaron las nubes en el cenit. Los rayos cortaron el espacio, y desde la oración, al compás de mil truenos, llovió sin cesar hasta la mañana siguiente. El arroyo juntó el

agua de toda la zona y pronto tuvo más de un metro de profundidad. Después se desbordó y arreó en sus aguas las cosechas, los ganados, las casas y alguna vida humana.

Hay hombres que son como el arroyo, muy mansos cuando sus fuerzas o cuando sus caudales son reducidos, y muy malos cuando las circunstancias los alientan. En esos hombres no hay que confiar el poder, porque se harán tiranos; tampoco hay que hartarles porque luego nos ultrajarán. Hay que dejarlos, sin obstaculizarles ni hacerles mal, que sigan su curso silencioso. Si podemos, nuestra mejor obra hacia ellos será darles ejemplos de virtud, confianza y labor.

La guerra.

La guerra siempre es bárbara. Apenas es disculpable cuando, como en nuestra emancipación, se trata de sacudir el yugo opresor. De otro modo, es abominable. La guerra de conquista, la guerra por ambiciones, la guerra por privilegios, merece la condena de los hombres discretos.

La humanidad no precisa pelear. Muy al contrario, necesita estrecharse cada vez más. La riña como la disputa, acusan siempre un desequilibrio mental o una falta completa de cultura.

Lo que el hombre hace buenamente en la paz, cae destrozado al tronar de los cañones belicosos.

La guerra arrasa los campos, destruye los pueblos y desorganiza las sociedades. La miseria viene luego como escoltándola, y donde la muerte ha pasado despiadada, sólo quedan recuerdos tristes y deshonras que nunca se cubren.

Cuánto conmueve la presencia de unos huerfanitos que claman por el amparo del padre que cayó bajo las descargas del enemigo. Y es muy doloroso ver destruidas las casas, los templos, los caminos y todo lo que el hombre levantó con trabajo y amor.

Cristo, uno de los filósofos más grandes que ha tenido la humanidad, dijo siempre: Amaos los unos a los otros.

Las máximas de este varón excelso deben re-

petirse siempre despojadas de cualquier prejuicio capaz de tergiversar su sentido humano, verdaderamente humano. Y el día que los hombres practiquen su palabra, la vida será otra.

Mientras tanto, condenemos la guerra como al peor de los males, y clamemos por la paz duradera que acerca las almas y ensancha los horizontes del progreso.

La madre de Salvador.

Salvador es un demente muy popular en la ciudad de Chivilcoy. Causa mucha pena verlo, porque es bueno, y porque a veces, en sus raros momentos de lucidez, da respuestas atinadas.

Vive por un barrio más o menos apartado, en un rancho que se oculta bajo frondosos árboles. Al franquear el umbral de la pequeña puerta que hay en la tapia, se ven algunas plantas de jardín, cuyos rosales fragantes aumentan la tristeza o ponen al cuadro la única nota de alegría...

Todos los días del año, ya sople viento, ya llueva, ya queme el sol o ya congele el frío, Salvador sale a vagar por el pueblo, como si la prisión de una noche de sueño le hiciera ansiar más la libertad de su razón encadenada por la desgracia.

Se levanta con el alba y se acuesta cuando cierra la noche. De modo que anda casi sin tregua de sol a sol. Conoce diversas casas de familia. Se acerca. No pide, pero todos le dan pan, ropa y a veces una moneda. Si le hablan contesta algún desatino, y luego se aleja riéndose como el mortal más feliz.

Salvador tiene una compañera abnegada. Es su madre, una viejecita casi octogenaria. Es cuerda. Adora a su hijo. Y, como no lo harían muchas, va detrás de él a todas horas, por todas par-

tes y en cualquiera estación, soportando el frío o el calor, el viento o el agua.

Lastima el alma ver al pobre loco, sin rumbo, sin alivio, como un autómeta incapaz de coordinar pensamientos, pero más aún apena el afán de la anciana que sigue, cuida y mimma a la joya más querida de su corazón. Bien se ha dicho que para una madre nada hay mejor ni más querido que su hijo.

Respetemos y admiremos siempre la grandeza de este amor tan puro y tan desinteresado.

El cuzco⁽¹⁾ y la garza.

Nunca me olvido de un cuzquito, ratonero de raza que jamás cazó rata alguna. Tenía todas las ínfulas de un león. Gruñía, desafiaba a los gatos, mordía el tronco de un roble centenario, y a eso de las doce, después de roer algún hueso, se amontonaba sobre su pelaje senil y dormía sin haber realizado una aventura. Era, el pobre, sin duda, un soñador quijotesco o un perseguido crónico. A veces se despertaba dando tarascones a las moscas, y muy de tarde en tarde, emprendía su campaña siempre fracasada contra una garza, feliz y noble moradora de una lagunita vecina.

Se iba al trotecito por una huella. Ya cerca, comenzaba a agazaparse. Y de repente, como para sorprender y anonadar a un gigante, daba un salto y multiplicaba sus ladridos. Pero todo era diminuto: el salto no alcanzaba a salvar una mata de trébol y el eco de su voz se perdía entre el dulce coro de los batracios.

La garza solía divisarlo desde el centro sin mayor preocupación. Cuando estaba harta, volaba. El cuzco mojaba entonces su lengua sedienta en alguna charquita. Luego regresaba con aire de triunfador. ¡Quién sabe lo que pensarían sus se-

(1) Llamamos así a un perro chico, bullanguero y, despreciable. La palabra castiza es gozque.

mejantes! Lo cierto es que después de muchos días de ocio, y como acosado por la inquina que le despertaban aquellas alas y aquel plumaje tan blanco, volvía, cada vez más desganado, pero decidido, sin duda, a no dar su *pata a torcer*. Como ese cuzco hay muchas personas envidiosas que ansían inútilmente echar por tierra las reputaciones más acrisoladas.



Un fumador precoz.

Conozco un muchacho que a lo sumo tendrá diez años. Sus padres son pobres. De modo que no es aventurado suponer que en la modesta mesa del hogar falte el sabroso pan las más de las veces.

Sin embargo, el muchacho cruza las calles todos los días con tremendo cigarro en la boca, no sé en qué ocupación. Tiene aspecto de inteligente. Da lástima verlo sin rumbo.

Sabe que yo soy director de una escuela; conoce al vecino que es un anciano venerable, y ha hablado muchas veces con la esposa del médico, dama intelectual de excelentes condiciones morales. Pero ni ante ellos ni ante mí, ha retirado el cigarro de la boca. Cree que ese vicio, apenas disculpable en los hombres, le cuadra muy bien, y no ha llegado a comprender, que, primero, demuestra

una educación pésima, y, segundo, una moral relajada. Además, ignora que así cultiva en su tierno organismo los gérmenes morbosos de muchas enfermedades fatales.

Yo le he reprendido, pero no sé cuál será el motivo para que no me obedezca. Sin duda ha de ser como esos niños que creen ver un enemigo en el maestro que les combate los errores. ¡Claro! Pues más cómodo suele resultar lo malo que lo bueno, aunque la comodidad anormal traiga consecuencias terribles después, en lugar de momentos gratos como los que brinda la incomodidad aparente de la educación.

El niño que fuma se suicida lentamente. Por eso, en el Japón, donde se honra tanto al maestro y se venera a la patria para ejemplo de las naciones más civilizadas, la policía detiene al menor que encuentra fumando, y multa a los propietarios de locales que les venden cigarrillos.

¡Cuándo se dictarán decretos semejantes en nuestro país para salvar a muchos jóvenes!

Los niños buenos, mientras tanto, enterados de los efectos tóxicos de la nicotina, no deben esperar a que la ley les obligue a cuidarse, sino que deben sustraerse al vicio en bien de su salud y de la moral.

El alcoholismo.

El alcohol es un veneno que va minando lentamente la existencia del bebedor, al par que le resta el talento y las virtudes.

Se emborrachan los hombres sin carácter, los que, imbuídos de ignorancia, desconocen sus efectos tóxicos; los locos que no son dueños de sus facultades, y cuántos criminales que no tienen suficiente valor para realizar sus crímenes!

Algunos jóvenes beben por alarde y estulticia. Muchos hombres beben de ociosos y porque no se preocupan de las tristes herencias patológicas que legarán a sus queridos descendientes.

El alcohol favorece los gérmenes de las enfermedades más crueles; abre las puertas de la cárcel; tiende un lecho en el hospital; cava una vil fosa en el cementerio o inicia las ruinas más desastrosas del hogar.

El alcoholismo es un vicio que fustiga fatalmente a la humanidad.

Los niños que se inician sin mácula alguna en la existencia bella, deben abstenerse de allegar sus labios rosicler a las copas rebosantes de licores aromáticos. Así, entonces, resguardarán sus virtudes y marcharán seguros hacia un brillante porvenir.

La distinción.

Hay muchos niños ricos que cifran toda su «distinción» en la fortuna de sus padres, y de este modo no se preocupan de ser correctos en sus modales y acciones. Esos niños se equivocan lamentablemente, y tarde o temprano sufrirán las crueles consecuencias de tamaño error.

Ni la distinción ni los méritos de las personas se deberán calcular por la capacidad de sus Carteras. El oro, además, no da siempre buenos consejos, y por lo general, en manos inhábiles, sirve para pervertir.

En los centros rurales donde la cultura está poco desarrollada, o en las grandes ciudades donde la corrupción ha triunfado, se adula vergonzosamente a los que tienen mucho dinero, por indignos que sean de todo elogio.

Nosotros no debemos ir a los extremos, porque el dinero siempre es medio para empresas útiles; pero lejos de adular, debemos propender a que los que gozan de las bondades de la suerte empleen parte de tantos caudales en su propio perfeccionamiento o en favor de obras que convengan a la colectividad, como hacen los millonarios norteamericanos que fundan y sostienen toda clase de instituciones importantes. Y comprendamos, siendo sensatos, que la mejor distinción para una per-

sona no es la de sus tesoros, sino la de su inteligencia y buenos sentimientos.

La honra de un caballero es pertenecer a la aristocracia de la Idea.

Despreciemos, por consiguiente, a los que se afanan en distinguirse con el uso vanidoso de ricos trajes y otras exterioridades propias de los necios.



Lo cortés...

Hay un adagio muy común que dice: «Lo cortés no quita lo valiente.»

Los niños que mañana serán hombres, deben tener muy en cuenta eso. Se habrán fijado algunos que las personas, cuanto más educadas y llenas de méritos, son más atentas. Por el contrario, los más necios, los que ni cordura tienen, son engréidos y petulantes, torpes y descorteses con todo el mundo.

Cualquier alumno que ha escuchado a sus maestros o a sus padres, sabe cómo se exteriorizan las cortesías. El hombre educado, se siente tan satisfecho cumplimentando a un semejante, como cuando evita a su conciencia la pesantez de una acción injusta.

Las cortesías no incomodan. Son finezas habi-

tuales de los espíritus cultos. Lo que resulta mortificante para quien finge, son las hipocresías convertidas en halagos que persiguen mezquinos intereses.

Sean siempre corteses los niños, y verán como, sintiéndose más cómodos, ganan las simpatías y el aprecio de las personas ilustradas y honestas.



Una niña hacendosa.

La niña a que me refiero se llama Alciritita. Es buena, es noble, es linda. Sabe pensar alto y sentir hondo. Se ha formado en la escuela de los buenos ejemplos, — el hogar —, donde reina la felicidad que tiene por base la armonía y el amor.

Alciritita va a clase todos los días. Lleva siempre sus deberes hechos y sus lecciones aprendidas. Jamás ha sido amonestada. La quieren sus maestras y sus compañeras, en tanto que la adoran sus padres y hermanitos. Es una nena digna de muchos elogios. Quiere aprender algo útil cada que abre sus libros o cada que toma sus cuadernos. Y así adelanta admirablemente. Ella no pierde el tiempo en cosas fútiles. Después del estudio, juega. Tiene horas dedicadas al aseo de su per-

sonita y de su pieza, y emplea gran parte de la tarde en el cultivo de su jardín.

El retrato que veis fué tomado por un pintor en el momento precise en que regaba sus flores más queridas: los claveles. ¡Qué claveles más hermosos son los de Alcirita! Tiene, además, rosas y violetas, jazmines y enredaderas, y mil plantitas que constituyen el mejor adorno de su casita modesta.

Yo diría muchas cosas más de esta niña hacendosa. Pero me faltaría espacio para ello. Y, por otra parte, confío en que vosotros deduciréis que quién hace lo que os he relatado, es capaz de hacer otro tanto o mucho más, todo digno de iguales loas. Tened por modelo de vuestras vidas —, los que sois buenos —, a la preciosa Alcirita, y seguid sus ejemplos con el interés que se sigue la lección más sabia de una cartilla de oro.



La lectura en el hogar.

Pocos son los padres que acostumbran reunir a los suyos en ciertos momentos para leerles algo interesante.

Los que reciben diarios o periódicos, apenas los hojean y los tiran. Por casualidad llegará a leerlo otro miembro de la familia, que posiblemente no elegirá lo que más le convenga, sino lo que encuentre más a mano.

Nosotros creemos que los padres deben iniciar a sus hijos en las buenas lecturas, fuera de las horas de estudio. Cuando se trate de libros, deberán seleccionarlos, y cuando sean diarios, será preciso que les enseñen a buscar las secciones de interés y provecho.

Las buenas lecturas dejan mucho. Los niños de-

ben leer desde que puedan hacerlo más o menos de corrido, y antes deben oír siquiera el comentario de algo útil.

Los niños que pertenecen a las familias más o menos ilustradas, llegan a la escuela con muchos caudales de instrucción, mientras que los que jamás han oído hablar de nada, nada saben y todo les cuesta enormes esfuerzos mentales, que no siempre son fructuosos.

Hay niños de seis y más años que no saben que son argentinos; que no saben cuál es la capital de la república; que no saben el nombre del presidente que gobierna; que no han oído hablar del teléfono, del telégrafo sin hilos, ni del fonógrafo, ni de otras muchas cosas que en un hogar donde se lee y conversa no se ignoran. De aquí que estos niños encuentren mil dificultades que los desalientan y les hacen desertar pronto para vivir la vida aparentemente cómoda del que nada sabe.

Si los padres, por más humildes que sean, leen; si los maestros aconsejan siempre, y si aquellos mismos recapacitan, posiblemente han de comprender las ventajas de las lecturas y las implantarán en el hogar. Así cooperarán en la educación de sus niños, indirectamente, al acortar los ocios de las noches largas de invierno, o de cualquier otro momento libre, y ¡cuán dignos de elogios serán entonces!

El maestro.

No hay que hacer juicios exagerados acerca del maestro. Es una persona honrada que cumple con su deber y que con el trato constante de los niños se encariña con la profesión tornándose bondadoso con ellos.

Los maestros de las fábulas suelen verter lágrimas ante cualquier hecho y dar sus ahorros al primer holgazán que les pinta su vida miserable. Pero el que tratáis a diario no es así. Es un hombre muy sensato que se afana por daros bellos ejemplos, siendo capaz de interpretar y sentir la vida como los que sois mejores.

Aspira a hacer obra noble beneficiándoos, pero también piensa en él, porque quizá tiene un hogar sagrado y unos hijos que como vosotros piden pan y que como vosotros anhelan estudiar.

La historia de un maestro puede ser la de cualquier hombre bueno. Ha habido algunos muy abnegados. Pero todos, aunque su tarea sea un medio para ganarse el sustento, merecen el aprecio de los niños agradecidos.

Yo no olvido nunca a la maestra que me enseñó a hacer las primeras letras. En estas páginas de mi obra revive su recuerdo, porque supo dejar en mi alma de niño las ternuras de su corazón.

Siempre la evoco tal como a una joven modesta que, cumpliendo con su deber para ayudar a los suyos, nos había tomado cariño y nos enseñaba lo que hoy tanto me sirve en la vida.

La escuela.

Todo el mundo sabe hoy día valorar la importancia de la escuela.

Se confía tanto en su influencia, que la prosperidad de los pueblos se deduce por el adelanto de sus instituciones educacionales.

Podemos decir que en la escuela se elaboran todas las promesas del porvenir, porque en sus aulas y bajo la autoridad del maestro, aprenden los que mañana serán sabios u hombres de gobierno; obreros o jefes de un hogar sano.

Cada ciudadano capaz velará siempre por la enseñanza de su país, seguro de que así hará la mejor obra civilizadora.

¿Qué sería,—supongamos un momento,—nuestra República, sin sus universidades ni otras tantas instituciones de cultura?

Posiblemente no habría ni campos roturados, porque hasta las faenas más rudimentarias reciben el impulso eficaz de la ciencia que alcanza a todas partes.

Veamos en la escuela un verdadero templo del saber, y protegiéndola para bien de la patria y de la humanidad, seamos sus más decididos obreros.



El hogar.

No hay lugar más sagrado. En él están los afectos más hondos y las enseñanzas más eficaces. Allí el niño despierta para el mundo en las blanduras de la cuna, y cuando ya hombre se aleja, lleva en su corazón el caudal más grande del amor arraigado.

En las horas de amargura, cuando ya pesan los años, grato es recordar el ayer de los rizos de oro y la frente de nácar...

Nuestra salita adornada con flores campestres y retratos de personas queridas; el dormitorio de los sueños más tranquilos; el comedor con la estufa junto a la cual oímos los mejores cuentos de las noches invernales; los amplios corredores desde donde contemplábamos las monótonas llu-

vias o desde donde soltábamos barquitos de papel que pronto naufragaban como cuántas tentativas hoy; los jardines donde cultivábamos claveles de púrpura y violetas de cielo; el bosque donde escogíamos frutas y donde oíamos las variadas sinfonías de mil aves que cantaban al atardecer; el arroyo donde pescábamos con alfileres desde los sauces que hundían sus ramas en el agua; y los campos verdes por cuyas lomas perseguíamos a las mariposas, ¡oh! todo, todo está grabado en mi memoria.

¿Y el amor paterno, y los besos de la madre santa?

¡Cuán cierto es que no hay nada tan hermoso ni tan sagrado como el hogar!



Fantasia. ⁽¹⁾

Cierra la oración. La pampa inmensa parece adormecida en su grandeza. Las manchas plateadas de sus lagunas solo reflejan, de cuando en cuando, la silueta de algún pato que va, de alguna garza que duerme entre los juncos o de algún cisne que boga. . .

Y allá, lejos, muy lejos, en el confín, está el viejo ombú de las leyendas.

*

(1) Explique bien el maestro lo que significa esta palabra y deduzca todo lo que en sentido figurado encierra la composición.

La noche se ha hecho muy negra. El pampero ha comenzado a silbar lúgubre en los cardales secos. Hay rumor de cascos que huyen hacia el poniente. Algo se acerca, algo se presiente, algo así como cuando el alba rompe los crespones nocturnos.

*

El rumor ha cesado. La horda bárbara ha huído hasta perderse más allá del ocaso. El gaucho ha guardado su guitarra para uncir su yunta al arado, y mientras, misteriosa, blanca, con la antorcha guía de los pueblos, cruza la visión augural del progreso.



El nido de las tórtolas.

Había un rosal en medio del patio que se cubría de flores cuyos pétalos se desprendían al menor roce para volar perfumando.

En una de las ramas, dos tórtolas construyeron su nido. Eran dos mansitas tórtolas que se solazaban en las mañanas frías y que al caer la tarde se decían sus tristezas en un arrullo melancólico.

Pusieron cuatro huevitos como cuatro perlas. Yo los miraba todos los días, molestando así a las humildes avecitas que partían azoradas, deshojando las rosas blancas. Sentía yo una curiosidad llena de respeto por aquel encanto. Pensaba que un día se abrirían las cáscaras para dar libertad a la vida. Y la ocasión llegó. Una mañana, pequeños, implumes, rojos como bolitas de carne, hallé cuatro pichones.

Abrían grandes los picos y chillaban confusamente. La madrecita, en tanto, medrosa, velando por ellos, saltaba de un gajo a otro. Yo sentía algo como piedad y hasta recordé comparativamente lo que pude haber sido en mis primeros años.

Desde el nuevo acontecimiento comenzaron a ser más frecuentes mis visitas.

Parecía que los animalitos me conocían. Los padres debían tener confianza instintiva en mí porque no cesaban de acarrearles comida y sólo esperaban que me retirase para llenarles los buches con semillas de cardo.

Una noche muy oscura yo sentí cierto aletear desesperado en el rosal del patio. No sé si también oí un chillido espantoso. Pero mi presentimiento fué triste y esperé con ansias que llegara el día.

Cuando abrí la puerta de mi pieza, el sol enviaba sus primeros rayos. Las aves de corral comían el último grano y ya los rebaños se alejaban pastando.

El rosal estaba erguido y cubierto de flores como en la tarde anterior. Pero, acurrucada, humedecida aún por el rocío de la noche, sólo una tórtola había.

Me aproximé. Voló y fué a posarse en un ceibo donde empezó a modular su arrullo tristísimo.

¿Qué ocurre, mi amiguita?, — la dije. — La tórtola continuó. Yo llegué al rosal, abrí el follaje, y cuando descubrí el nido deshecho, ensangrentado y sin rastros de los polluelos, se me oprimió el corazón y vertí mis lágrimas de niño.

Cuando iba a entrar en mi cuarto, ví sobre la

tapia al gato negro relamiéndose el hocico. Lo miré con rabia, y desde entonces le prohibí que llegara a mis faldas. El muy cobarde había saciado su hambre con las preciosas avecitas.

¡Oh, desdichadas moradoras del rosal de las flores blancas! En el mundo, también hay hombres crueles como el felino. No permitamos que se nos acerquen, y para bien de nuestros semejantes, eduquemos el corazón en la escuela de los sentimientos nobles.

VIBRACIONES



Nuestro Himno.

I.

¿Qué son es este tan marcial que se oye?
¿Qué verso heroico con fervor se canta?
Responde el eco: «¡Libertad!» y cruza
de seda y oro la celeste y blanca.

Baten sus parches los tambores viejos
y el clarín dice al recorrer la escala:
«¡sean eternos los laureles!» ¡Sean!, —
la muchedumbre con fragor exclama.

Recuerdos grandes soñarán las frentes
y en cada pecho, con sinceras ansias,
el grito «¡viva!» esperará su turno;
¡viva la gloria para honrar la patria!...

II.

¡Oíd mortales la canción más bella
que sonó en Maipo y Chacabuco ufana,
cuando rojos los sables se torcían
al hundirse furiosos en la entraña!

¡Oíd mortales la canción heroica,
sublime siempre cuanto más ataca,
que ha vibrado ya un siglo y «desde un polo
hasta el otro resuena» soberana!

¡Oíd mortales el sagrado grito;
«¡libertad, libertad!», — que el mundo clama
«¡libertad!» cuando rompe las cadenas
para que puedan progresar las razas.

Esa fué un día la canción de guerra
y hoy es el canto de la paz sin tacha,
que recuerda brillantes epopeyas
y anuncia un porvenir lleno de hazañas...

III.

HIMNO soberbio que sonaras antes
en las riberas del sereno Plata,
como hace tanto la canción olímpica
de las trompetas de la altiva Esparta;

HIMNO que excitas al soldado bravo
y que hasta el casto sentimiento ensanchas
cuando llevas tu ritmo cadencioso,
ágil, preciso, hasta el rincón del alma.

¡Yo he de cantarte con amor profundo,
yo he de sentirte con calor de raza,
y he de grabarte con cinceles férreos
en las insignias de la excelsa patria!



A un joven.

No interrumpas la senda del que avanza
persiguiendo afanoso una verdad;
no desalientes al que empieza tarde
ni al que anhelando va.

Dale amparo al que sufre y al que cae,
haz bien aunque otros te devuelvan mal,
lleva limpia y tranquila tu conciencia
hasta la eternidad.

Y no cedas al oro que envilece
ni te halague la oferta del azar:
huye del que traiciona y del que juega,
como del criminal.

Que siempre haya en tu espíritu bondades,
que siempre haya en tu frente un ideal,
que proscribas los vicios y que cuides
tu honor, tu dignidad.

Así entonces verás bella la vida,
bello el mundo, la patria y el hogar . . .
Haz como te hablo, como debes, joven:
¡no te arrepentirás!

*

El envidioso suele obstaculizar al que se afana por aprender; el necio, se burla del que hace un esfuerzo supremo por librarse de la ignorancia. Despreciemos al envidioso y al necio. Alentemos a los que quieren elevarse con méritos y trabajo.

Se cuenta que una turba inculta llamó loco al gran sabio Ameghino. Era loco, — según aquellos pobres ignorantes, — porque regresaba casi todas las tardes con una bolsa de huesos fósiles que supo estudiar y clasificar como nadie hasta entonces.

Ameghino, despreocupado de las burlas, llegó a la inmortalidad. Los que le atacaron, jamás saldrán del olvido. ¡Cuánto se hubieran honrado éstos siendo siquiera respetuosos con el sabio!

El libro.

El buen libro es el ánfora sagrada
que contiene magnífica verdad;
es la cuna del arte y de la ciencia,
el trono del amor, del ideal...

Sólo vive el pasado porque hay libros
más eternos que la obra del cincel.
Antes que la Odisea, se harán polvo
las pirámides magnas de Gizeh.

Cuando el sabio descifra los enigmas,
encarcela en el libro su saber,
y en el libro lo lega a los que anhelan
llegar altivos, contemplar, vencer...

El poeta también lima su estrofa
y amoroso la fija en el papel
que habrán de disputarse entusiasmados
los grandes hombres que vendrán después.

La Historia, como Biblia o Evangelio,
como Vedas, Avesta o Alcorán,
más que todos los templos y sarcófagos
el pasado remoto guardará.

En la misma cartilla de la infancia hallaréis la expresión del porvenir, porque en ella se afanan los que vienen con ansias de aprender y de vivir.

Libro lleno de fuerza y pensamiento, libro de oro que siempre he de querer: como el padre en sus vástagos, pusiste luz en mi frente y en mi pecho, fe.

*

La imprenta será siempre una de las grandes invenciones. — El libro que contiene buenas ideas y buenos consejos, debe leerse y guardarse con cariño. — La Odisea, la Biblia, el Evangelio, los Vedas, el Zend Avesta y el Corán o Alcorán, son libros que tienen ya muchos cientos de años, y guardan la historia, la poesía, la moral, etc., de los pueblos más antiguos. Las cosas materiales como las pirámides de Gizeh, se destruirán primero que la poesía de la Odisea, que la moral del Evangelio, que las enseñanzas de los Vedas.

(Es indispensable que el maestro haga estas explicaciones generales, antes de enseñar a leer la composición).

Las heroínas.

También clamaron libertad y gloria,
y en la contienda se afanaron tanto,
que su sangre vertieron y su llanto
derramaron después de la victoria.

Pero poco se nombran en la Historia
las que al hombre procaz dieron espanto,
más que con armas, con valor, encanto,
entusiasmo y virtud sin vanagloria.

Oportuno es sacar del viejo templo
de la fama este lema: *Dieron todas
sus joyas a la Patria.* — ¡Noble ejemplo!

¡Inmortales mujeres! ¡Quién pudiera
esculpir las en bronce hoy que las modas
no respetan ni el sol de la bandera!

Estudiar.

¡Cuánto saben aquellos que no olvidan
sus libros buenos!
¡Cuánto aprenden los niños que obedecen
a sus maestros!

Y ¡qué lindo es saber todas las cosas
que nos enseñan;
y qué noble es pagar con buen acuerdo
esa tarea!

¡Oh, yo contento con afán estudio
bien mis lecciones!
¡Es que quiero aprender lo que aprendieron
los grandes hombres!

*

Las más preciosas inteligencias se malogran
en la ociosidad.

El talento es como el diamante, que precisa de
la lima del orfebre para brillar.

El estudio, pues, arma para la vida suficiente-
mente a cualquier individuo y hace que los pri-
vilegiados se cubran de lauros.

¿Por qué no han de estudiar los niños que están en la alborada de la existencia, para ser dichosos cuando el apoyo de los queridos padres les falte o se debilite?

Estudiando con amor, también se honrarán, favorecerán a la sociedad y labrarán el porvenir propio y el de la patria.



Observando un gorrión.

Devora sin cesar. El vientre lleno
es la dicha mayor que agita su ala.
Cuando la alondra cadenciosa escala
el aire, él se agazapa bajo el heno.

El grano codiciado, el grano ajeno
le hace atrevido franquear la sala;
y cuando pide el buche, ni a la bala
teme. ¡Pájaro vil, hijo del cieno!

Y hay hombres como él; hombres que bregan
buscando el pan que harta o los mendrugos,
o los fuertes sobornos que doblegan.

Son gorriones también. ¡Bajo los yugos
que no impiden comer, fácil entregan
la santa libertad como verdugos!



A un amigo.

Toma el pan de mi hogar. Juguemos juntos disfrutando los dos de una alegría, y si toca sufrir, suframos siempre cual si tuviéramos la pena misma.

Yo estaré donde llares. Si tú caes valor tendré para curar tu herida y, con la fe de mi amistad, te juro que al salvarte, la muerte no me abisma.

Como van por el aire dos palomas con sus alas cortando la neblina, así iremos los dos, abriendo sendas en los páramos largos de la vida.

Solo, es triste luchar. Pero si al lado a tiempo oímos que otra planta pisa, nuestra frente se eleva y nuestro cuerpo siente el grato calor de otra energía.

*

Hay que cultivar las amistades, desinteresada y caballerescamente.

Que nazcan vínculos estrechos y sinceros entre los corazones amigos. Que no sea el oro o la pro-

tección los que nos hagan cantar loas a los semejantes. Sólo así, entonces, los círculos o las sociedades serán fuertes y los países tendrán grupos de ciudadanos capaces de incubar sentimientos nobles en la amplitud de sus pechos honrados.

Que nuestra alma se abra al amigo altruistamente, no para que nos traicione, sino para que nos comprenda sin ambages y para que nos solidaricemos con la intimidad de aquellos hermanos excelentes.

El jugador.

Observad: ya toma el naipe
con la diestra temblorosa
y en su cara sudorosa
se refleja una ilusión;
si no gana, en la penumbra
creerán ver sus ojos fijos
la miseria de sus hijos
y el luto de su ambición.

¡El juego! Torpe quimera
que a pasos largos camina
por la senda de la ruina
en pos de un sueño fatal,
y que ofreciendo o quitando,
según decida la suerte,
abrazada con la muerte
va repartiendo su mal.

Juventud llena de anhelos:
huíd del juego y sed valiente,
que despejada la frente
no doblaréis la cerviz;
tendréis vuestro honor seguro,
alguna amistad sincera
y algún peso en la cartera
para dar al infeliz.

Volved siempre las espaldas
ante el alcohol y el juego,
porque el hombre que va ciego
no sabe por dónde va . . .
Cuando la virtud se enloda
no hay mano que la recoja
y así, lo mismo que la hoja,
desquiciada rodará.

*

¿Hay algo más reprochable que el juego? En el alma del jugador andan vacilantes todas las virtudes porque tienen puerta franca todos los vicios.

A ningún avaro le está reservada la gloria. Si un día se llena de dinero, es para perderse más.

La mejor suerte no es la del azar, sino la del trabajo honrado.



Verdad.

Dí la verdad. Nunca mientas
si quieres acreditarte,
y entonces, en cualquier parte,
serán legales tus cuentas.
Pasa las horas más cruentas
descubierto el mentiroso;
porque le ven tan odioso
nadie le acepta un segundo
y vive aislado del mundo
como si fuera un leproso.

*

La costumbre de mentir es siempre detestable.
El triunfo del mentiroso es más fugaz que un
sueño.

Los hombres se acreditan diciendo verdades.

Los niños estudiosos y educados no saben
mentir.



El labrador.

Cuando el alba se enrojece
y aún está dura la escarcha,
cantando al rastrojo marcha
por el surco productor,
y contempla las bandadas
de gaviotas bulliciosas
que están esperando ansiosas
las claridades del sol.

Pica los bueyes y lento
corta la afilada reja
mientras la tierra se queja
como herida de dolor;
las hierbas con sus despojos
cubren el grano fecundo
que para asombro del mundo
dará hojas en profusión.

Y la pampa de otros tiempos
y la falda de aquel monte
y el confín del horizonte
ya verán trigos en flor,
donde irán los extranjeros
y los hijos de mi tierra
como en un campo de guerra
combatiendo con la hoz.

¡Salve labrador robusto
que cultivas afanoso
bajo el ataque ardoroso
del vitalísimo sol!
¡Salve tú, que pretendiendo
con la reja una victoria,
como aquellos de la historia
tendrás página de honor!

*

Después de las conquistas de la espada vienen las de la industria.

El obrero que golpea en el yunque, hace por la patria tanto como el soldado que cercena cabezas.

Nuestro país, libre y tranquilo, ha entrado de lleno por la vía luminosa del progreso, debido a la riqueza de su suelo cultivado con afán.

Hagamos votos porque, sin humillaciones, esa paz se haga eterna, para que el arado redentor dé siempre su tajo fecundo en las entrañas vírgenes de las pampas.



Himno al Centenario.

(1916)

Argentinos: de pie, que la patria
cumple un siglo de gloria y labor,
y el laurel del guerrero se aduna
con la espiga del buen labrador.

Ya no aplasta el cañón belicoso
de las pampas el verde tapiz:
tras la reja afilada que cruje
dobla el criollo su hercúlea cerviz.
Y con eco que el llano arrebató,
de otros tiempos modula un cantar:
glorias magnas del pueblo de Mayo
que en lo eterno tendrán que vibrar.

Hoy el Andes su entraña de fuego
abre manso al obrero tenaz,
y si estalla, no es grito de guerra:
es que ríe de gozo en la paz.
El Atlante y el Plata, abrazados,
del pirata no saben qué fué:
portadores de luz y progreso
un enjambre de barcos se ve.

Todo brilla. La tierra no siente
de la hueste enemiga el rumor:
sólo avanza la Industria y la Ciencia
al redoble de augusto tambor,
Y la espiga fecunda, en el brazo
del labriego es precioso botín,
cual fué Maipo la excelsa cosecha
de la espada del gran San Martín.

Ciudadanos: arriba esa frente
coronada de mies y laurel,
que hoy un siglo la Patria Argentina
graba en oro con limpio cincel.
Y esas almas heroicas, legadas,
con amor soberano templad,
y con eco sublime que aduerma,
vuestras glorias honrosas cantad.

No os importe que el mundo se embriague;
que la envidia os prepare su cruz...
Donde hay honras y hazañas hay ciencia;
donde hay ciencia, revive la luz;
donde el héroe después de la lucha
va olvidado y tranquilo a morir,
la visión del ayer se atávía
con las galas de un gran porvenir.



El guerrero y el labrador.

(DIÁLOGO)

— Soldado de la paz... — Tú de la guerra...

— Tú sonríes feliz. — Tú ríes fiero.

— Yo hollé campos y montes con mi acero.

— Yo con mi arado conquisté la tierra.

— Cercené mil cabezas. — Sembré trigo.

— Quemé mil pueblos. — Levanté ciudades.

— Desafié las horrendas tempestades.

— Yo entonces di al infeliz mi abrigo.

— En la página histórica se estampa
mi honrado nombre para eterna gloria.

— Yo ese honor no busqué, mas, mi memoria
está en los surcos de la inmensa pampa.

— Me entusiasman los gestos del atleta.

— Me deleitan los pájaros del prado.

— Yo entono las canciones del soldado.

— Yo entono las canciones del poeta.

— Es mi ley redimir a sangre fría.

— Es mi ley redimir con blando beso.

— Con la voz del cañón llamo al progreso.

— Yo con la industria de la patria mía.

- En las lides, revientanse mis venas
mientras ruedan gimiendo los humanos.
- Yo no lucho jamás con mis hermanos;
pero agito mi pecho en las faenas.
- Sabe la patria mis acciones. — Nada
la patria sabe de mi buen sembrado.
- Tú no tienes más arma que el arado.
- Tú no tienes más arma que la espada.
- ¿Quién da más glorias? — El que más se empeña.
- Yo que sé combatir. — Yo que trabajo.
- Yo que la entraña del contrario rajo.
- Yo que siembro del llano hasta la peña.
- ¡Oh! la patria me debe un monumento.
- A mí nada me debe y le doy tanto.
- Es que con fama su valor levanto.
- Yo elevo su virtud con pensamiento.
- Es más mía la patria. — Te equivocas.
- Yo le he dado esos campos. Yo los labro.
- Yo con las armas sus mercados abro.
- Yo preparo el festín de muchas bocas.
- Entonce es de los dos. — ¡Viva mi tierra!
- Estrechémonos fuerte. — ¡Venga un beso!
- ¡Salud, noble soldado del progreso!
- ¡Salud, bravo soldado de la guerra!

*

Las flores.

¡ Son bellas! Yo las contemplo
con singular alegría
cuando mueven sus corolas
embalsamando la brisa.

Me encantan esos claveles
tan rojos como las guindas
y esos pensamientos de oro
como el astro que ilumina...

¿Cuál de vosotros no tiene
jardín o pobre hortaliza?
¡ Sin duda aquel que va siempre
con una pena infinita!

*

Las flores son agradables y expresivas. En la fiesta dan realce, y en la morada de los muertos, son las ofrendas más sinceras que llevan los humildes y los poderosos.

Cuesta muy poco tener flores, y su cultivo es facilísimo. En una cantera o en una vasija cualquiera pueden crecer los más lindos pensamientos.

Donde los yuyos han ocupado el lugar de los claveles, posiblemente ha triunfado la ruina.

Las aves.

Van por los aires volando
y a sus niditos regresan
cuando la tarde se apaga
y ya la noche comienza.

Después, a la madrugada,
en bandadas se despliegan
por los campos, por los bosques,
por los ríos, por las peñas...

Y ¿no sabéis lo que buscan?
¿Creéis que inútilmente vuelan?
No, amigos: ellas combaten
las plagas de las cosechas.

Si faltaran las gaviotas
que en la era revolotean,
¡cuán poco trigo darían
esas fértiles praderas!

*

Los niños que nunca han recibido una buena enseñanza, suelen ser crueles con las aves. No saben cómo cualquier pajarito es encarnizado defensor de nuestras hortalizas y campos.

Yo he conocido, sin embargo, una niña llamada María Josefa que se compadecía mucho de esos pobres animalitos. Es que había aprendido a valorar la obra de ellos.

Declamaba siempre esos versos que nunca olvido.



Ese viejecito...

¿Lo ves? Ahí cruza. ¡Oh! su sien blanquea;
va encorvado, sereno, pensativo
y aún enseña a los hombres su experiencia
mientras besa la frente de los niños.

Yo le cedo la acera, me descubro
y escucho sus consejos que son nobles;
él, que tiene alma, me acaricia, llora,
y señala después al horizonte.

Allá bregamos sin cesar, — me dice:
allí caímos en derrota fiera
y sobre el muro que un recuerdo guarda,
clavamos con honor nuestra bandera.

¡Pobre soldado! Con respeto miro
las medallas que luce sobre el pecho
y los botones que gastados tiemblan
en las escuadras de su traje viejo.

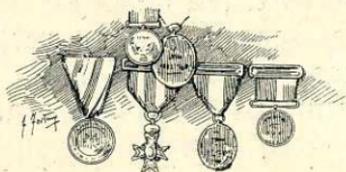
¿Lo ves? Ahí cruza. ¡Oh! su sien blanquea;
va encorvado, sereno, pensativo...
¡Quién tuviera la fama, la grandeza,
la virtud y el valor del viejecito!

*

Quien haya envejecido luchando honradamente por la patria, será siempre un soldado venerable.

La historia de un hombre virtuoso y valiente, ofrece mucho que aprender.

Belgrano, Rivadavia, Sarmiento, Mitre... nos han dejado muchas obras grandiosas; pero tanto como ellas valen los ejemplos de sus vidas singulares.



El río y las siembras.

Como si fueran cristales
que el sol brillante reflejan,
bajan las aguas del río
serpenteando entre las peñas.

A veces traen despojos
de hojas secas o aves muertas,
y a veces preciosas flores
que anuncian la Primavera.

Las aguas, corriendo, bañan
por todas partes las siembras
que se yerguen presurosas
como si alegres dijeran:

— Gracias, río, que nos mojas
cuando el calor desespera
y antes que en segura muerte
nuestras raíces perezcan.

Ya, en premio de tus afanes,
te daremos sombra fresca
y alegraremos tus noches
perfumando la pradera.

Vendrán de lejos las aves,
y los niños de la aldea
con sus cantos y algazaras
a quitarnos cuántas penas!

Y los buenos labradores,
en el brindis de la fiesta,
beberán vasos de tu agua
contemplando sus cosechas.

*

Todas las cosas de la naturaleza se auxilian y protegen recíprocamente. El río, aquí, salva con sus aguas las cosechas próximas a sucumbir.

Es lógico, entonces, suponer que si las hierbas tuvieran facultades y un corazón bueno, agradecerían prometiendo sus mejores frutos y su sombra, en recompensa...

Si los hombres fuéramos siempre atentos observadores de las cosas, podríamos sacar muchos ejemplos capaces de ensancharnos el alma y pulirnos los sentidos.

Mi Pampa.

Verde y al confín se extiende
bajo una alfombra de trébol
con lagunas que reflejan
la inmensa curva del cielo.

A veces, como un gigante
furibundo en su destierro,
le rasga el ombú la entraña
al enterrarle sus nervios.

En los grandes pajonales
hay animales rastreros,
y en las cañadas hay patos,
gaviotas, garzas, flamencos...

Bandadas de cisnes vuelan
y de pájaros muy bellos:
la Pampa es grande, muy grande,
pero nunca fué un desierto.

Ya se labran sus praderas
que producen trigo bueno
y por muchas partes cruzan
caminos, vías, telégrafos.

No es refugio del paisano
que exageran los cuentos,
sino el campo de esperanza
de argentinos y extranjeros.

Y si es verdad que la cruza
una visión, no temblemos:
¡es la imagen de la Patria
con la lumbre del progreso!

*

No hay que tergiversar las verdades históricas o geográficas para satisfacer la fantasía. Por otra parte, el arte se verá más confortado refiriendo lo que en realidad es.

Nuestra pampa, como otras cosas nuestras, ha sido mal juzgada debido a las falsas interpretaciones de algunas poesías y al escaso conocimiento de sus confines.

En honor de la verdad debemos rectificar los errores para borrarlos cuantos prejuicios tengamos.

La pampa es sólo una gran extensión inculta que a medida que el arado avanza se puebla de armonías de progreso, y eriales donde las mieses de oro ondulan tentadoras.



PENSAMIENTOS

GOVERNMENT



Si todas las discordias pudieran acallarse con un beso, la humanidad sería divinamente feliz, porque las diversas potencias sumarían sus fuerzas para dirigirlas a un fin más provechoso.

*

Propiciemos la paz honrada como un medio para triunfar sin mengua.

*

Amemos las glorias sin inquirir sobre sus fuentes.

*

La libertad no nos invita al descanso, sino al trabajo.

*

Los días patrios no deben pregonarse con ruidos de timbales, sino con golpes de yunque.

*

No olvidemos los nombres de aquellos que escribieron la historia con gotas de sus frentes o de sus venas.

*

Muchos soldados humildes no tienen monumentos aunque sobre sus cadáveres se haya levantado la libertad.

*

Falucho, Baigorria, Cabral. . . pasaron a la historia porque supieron morir gloriosamente.

*

Moreno fué como una de esas estrellas luminosas que a pesar de su fugacidad incendian el cielo por instantes largos.

*

Belgrano fué un espíritu grande con todos los candores de un niño, se ha dicho con verdad.

*

San Martín no precisa otro monumento que los Andes ni otro símbolo que el Cóndor.

*

Sarmiento es inmortal.

*

Mitre tiene muchas glorias. Más tarde lo conoceremos y elogiaremos mejor.

*

Rivadavia es como Sarmiento.

*

Que nuestros corazones palpiten siempre por la patria, tan difícilmente definible y tan fácil de sentirse.

*

Que la enseña que «no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra», siga flameando alta e inmaculada siempre.

*

Que «sean eternos los laureles» tal como los concibió la mente prodigiosa del poeta.

*

Que las armas de la patria no se empleen para sacrificar sus hijos por el encono de ningún tirano.

*

Que el patriotismo se incube siempre en los hogares argentinos.

*

Que el sol de Mayo sea saludado siempre como hace un siglo.

*

Que los jóvenes lean la historia nacional para conocer a los grandes hombres.

*

Que las madres no olviden el ejemplo de las damas mendocinas.

*

Y que no se nos borre jamás de la memoria esta canción que eleva el alma:

OÍD MORTALES EL GRITO SAGRADO,
LIBERTAD, LIBERTAD, LIBERTAD;
OÍD EL RUIDO DE ROTAS CADENAS,
VE EN EL TRONO A LA NOBLE IGUALDAD.
YA SU TRONO DIGNÍSIMO ABRIERON
LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL SUD,
Y LOS LIBRES DEL MUNDO RESPONDEN:
AL GRAN PUEBLO ARGENTINO, SALUD!

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.*

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LIBRERIA NACIONAL
DE MADRID

Album de Poesías Patrióticas. Compiladas por J. B. IGÓN. Nueva edición corregida, reformada y aumentada con varias composiciones. Un tomo en cartonado.

El propósito de este libro es contribuir a inculcar, en unos casos, y fomentar en otros, el amor y la admiración a lo más grande y santo que existe para el individuo: la patria.

Teatro Infantil. Por R. MONNER SANS. Un hermoso tomo en cartonado, con ilustraciones de Sartori.

Como su título indica, es un libro de monólogos, diálogos y comedias destinados a los niños de corta edad. El autor ha tenido gran escrupulosidad en la composición de esta obrita, cuidando el lenguaje, la frase y el pensamiento; esto es: la forma y el fondo, a fin de que la obra sea verdaderamente útil y educativa.

Monólogos, Diálogos y Comedias para niños. Coleccionados por CLEMENTE B. GREPPI. Un tomo rústica.

Constituyen esta colección varios monólogos, diálogos y comedias, muy en armonía con la capacidad intelectual de los pequeños actores a que están destinados, que consideramos recomendables a la atención de los maestros.

La Patria en la Escuela. Por VICTORINA MALHARRO. Recitaciones patriótico-escolares para niños. Un tomo cartulina, cubierta en colores.

Escrito con sencillez a fin de hacerlo comprensible a los niños, *La Patria en la Escuela* presenta una serie de recitaciones en prosa y verso, algunos monólogos y dramitas patrióticos, formando un libro recomendable a los maestros como un auxiliar para completar esta parte de la educación de la niñez.

Azules y Blancas. Colección de comedias infantiles. Un tomo en rústica.

La extraordinaria y creciente aceptación que de parte de los señores profesores va mereciendo el cultivo del diálogo que tanto facilita la soltura de los niños y el desenvolvimiento de sus facultades de expresión, nos indujeron a publicar esta lindísima colección de 12 comedias patrióticas para niños y niñas, que por su índole predisponen el corazón infantil al gran amor que han de profesar a la patria y cuanto con ella se relaciona.

CABAUT & CÍA. — EDITORES

LEYENDAS ARGENTINAS

POR

A. M. ELFLEIN

Un hermoso volumen artísticamente ilustrado por Fortuny

Comprende este libro de lectura veintidós narraciones patrióticas, que son otras tantas filigranas literarias, escritas en estilo llano, preciso, sobrio. Es uno de los libros de lectura más generalizado en las escuelas argentinas.

HONOR Y RESPETO

POR

EDUARDO GAUNA VÉLEZ

Biografías de los principales hombres de nuestra independencia con profusión de retratos. Un tomo encartonado

El pasado argentino es un verdadero cúmulo de heroïcidades, a cuyos partícipes nuestra juventud sólo conoce de nombre, ignorando en detalle su verdadera y poderosa actuación en los grandes acontecimientos históricos.

Hacer cultivar con amor nuestras tradiciones es el propósito de *Honor y Respeto*, intachable y provechoso libro de lectura, por donde desfilan las biografías de nuestros prohombres, que el joven lector saborea por la amena forma que el autor ha sabido darles.

«LIBRERÍA DEL COLEGIO»

ALSINA Y BOLÍVAR — BUENOS AIRES

49
SOL
LL
1916
COT